

A close-up photograph of a woman's legs from the waist down to the feet. She is wearing a white, pleated skirt and bright red, pointed-toe high-heeled shoes. Her legs are in a walking motion, with the right leg forward. The background is a blurred, light-colored paved surface.

LAURA
PONCE

COMO
CAÍDA
DEL
CIELO

Como caída del
CIELO
LAURA PONCE

Autor: LAURA PONCE 2018

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Allí estaba a Alexander, sentado en una mesa larga al lado de un abogado, justo al frente de Juliana, la mujer que fue su esposa durante cinco años, quien a su vez tenía también un abogado a su lado; entre ellos tres, discutían con qué se quedaría cada uno y algo mucho más delicado y trascendental: la custodia de Daniel, el hijo de tres años que tienen en común. Ya se había decidido que el pequeño viviría con ella, pero él necesitaba saber que podía verlo cada vez que quisiera y que podrían compartir el tiempo que quisieran.

Además, aún no llegaban a un acuerdo con respecto a algunos bienes. Mucho de lo que él había obtenido en la vida, lo había hecho antes de relacionarse con ella; sin embargo, algunas propiedades entraban en la definición de bien común y ella no iba a ceder con facilidad. También aún era necesario establecer el monto correspondiente a la compensación económica y a la manutención de Daniel.

Alexander no hablaba, simplemente observaba lo que sucedía a su alrededor, le parecía estar viviendo un *déjà vu*, pues no era la primera vez que pasaba por un divorcio; de hecho, ni siquiera le prestaba atención a lo que decían, sí escuchaba un bullicio incómodo que brotaba de la acalorada discusión, sin embargo, no estaba interesado en saber qué decía. Observaba los gestos de Juliana, tenía la misma mirada que había mantenido durante los últimos meses de matrimonio; una de denotaba un ataque constante a la presa fijada, que en este caso no era él sino su abogado.

Él le daba vuelta al asunto de la compensación económica, como si él tuviera que indemnizarla a ella por el tiempo que pasaron juntos; lo que quería decir que estar con él significaba una especie de terrible tortura, por lo cual ella debía ser compensada por tolerarlo, por haberle causado complejos traumas psicológicos. Cuando para él, había sido una tarea tan difícil

comprometerse en la relación, si bien es cierto que su esfuerzo fue infructuoso, lo había intentado de verdad.

Pensaba secretamente, que quién debía ser indemnizado era él, por haber sido tan paciente con tantísimos hábitos desagradables de Juliana, por lo hablar de actitudes mucho más complejas. Sin embargo, ese no era el caso pero lo que realmente deseaba era culminar con todo aquel proceso traumático que representaba divorciarse de la madre de su hijo, de la mujer que pensó que estaría en su vida para siempre; y, sobre todo, pasar por este proceso por segunda vez en la vida.

Se sentía un fracaso en las relaciones amorosas, se sentía solo y casi desolado por la tristeza. No entendía cómo algo que había comenzado de manera tan estupenda y emocionante, se había convertido en una batalla campal. Aunque hacía ya varios años que se habían conocido, podía recordarlo con mucha claridad y al mismo tiempo, era algo que lucía lejano o inverosímil. No podía creer que se tratara de la misma mujer que tenía frente a él.

Juliana y Alexander se conocieron hacía seis años atrás, cuando él contaba con veintisiete años de edad y ella con veinticuatro. Él iba manejando rumbo a su trabajo cuando se detuvo de manera estrepitosa por otro coche que se había detenido repentinamente delante de él; pudo frenar a tiempo pero la persona detrás no. Pocos instantes después de frenar su coche sintió un golpe desde atrás. Enseguida sintió como la sangre se le subía a la cabeza y sus manos se calentaban.

Se bajó del coche con toda la intensidad de volcar su rabia en contra del conductor que lo había chocado. Mientras caminada hacía el puesto del conductor vio que la puerta se abría y salía una mujer sumamente hermosa, cabello rubio, largo, de tez muy clara, de facciones finas y cuerpo

deslumbrante; vestía un pantalón blanco muy ajustado al cuerpo, una blusa suelta de colores vivos y unos tacones rojos. Enseguida su energía cambió de ira salvaje a una actitud de caballero seductor.

- Disculpa, no entiendo que pasó. No me di cuenta. –empezó a decirle, con tez pálida y voz quebrantada, observando los daños de los coches.
- Tranquila. Yo tuve que frenar de pronto, algo pasó más adelante. No fue tu culpa. –le dijo como intento de calmarla y a la vez de acercarse a ella.
- Mi papá me va a querer matar, no sé qué le voy a decir. Se va a poner como un ogro. No pagué el seguro. Esto no me puede estar pasando a mí. –temblaba ligeramente.
- Mira vamos a hablar con él, yo me responsabilizo de todo. Seguramente lograré que él lo vea de una manera distinta.

Así, Alexander asumió todos los gastos de la reparación, que no le pesaba, gracias a su solvencia económica, con la esperanza de acercarse a aquella hermosa mujer. Juliana se dejó cortejar por él, más que nada debido a lo dádivoso que estaba demostrando ser Alexander; lo cual era exactamente lo que ella había estado buscando en un hombre. Era lo que había sido su padre con ella y era lo que esperaba de aquel hombre que tuviera el interés de salir con ella.

- Me encantaría que me concedieras el placer de cenar conmigo. – le escribió dos días después de conocerla, una vez que habían acordado todo con respecto a los daños del coche.
- Está bien. Esta noche podemos cenar. –le respondió ella, media hora después; no porque no haya leído el mensaje apenas llegó, sino porque quiso esperar a responder para no lucir desesperada.

Él consiguió una mesa en uno de los lugares más exclusivos de la ciudad, dedicó lo restante del día en lucir lo mejor posible para verla esa noche. Alquiló un coche que pensó que sería del gusto de ella, ya que el propio estaba en el taller mecánico, y se dispuso a buscarla. Cuando él tocó la puerta de la casa, ella le pidió que entrara un momento mientras estaba lista para salir. Él entró con agrado, se sentó en el sofá y miró la sala en dónde se encontraba.

Lo primero que notó fue la comodidad del sofá dónde estaba sentado. Era un asiento realmente suave y de textura agradable. Posteriormente, observó con rapidez el resto de los objetos que llenaban los espacios de la sala; le dio la impresión de que Juliana tenía buen gusto y mucho estilo. Después de esperar aproximadamente veinte minutos, ella estuvo lista y salieron juntos. En el coche, conversaron un poco acerca del percance que habían tenido y de las reparaciones.

- Te agradezco mucho lo que has hecho por mí. Espero que el coche esté listo pronto para que mi papá no se enteré. No te imaginas.
- Tienes que recordar pagar el seguro.
- No es que no pueda, es que a penas estoy comenzando a ser independiente y me he visto un poco limitada económicamente. No he querido pedirle ayuda a mi familia. –le contó ella.
- Entiendo. Si necesitas ayuda me tienes a mi.
- Eres muy amable, todo un caballero. –le dijo sonriendo ampliamente.

Ambos estuvieron de acuerdo en que la cena había estado exquisita, como se esperaba; pero lo mejor había sido las constantes coqueterías de Juliana, que le dieron a entender a Alexander que no le era indiferente y que

tenía una buena oportunidad con ella. En varias ocasiones ella se había dejado rozar las manos y había respondido con sonrisas a los halagos que él le decía sin parar.

Después de cenar, Alexander llevó a Juliana a un lugar que le parecía hermoso y romántico; era un edificio muy alto, al que tenía acceso y desde dónde podía verse una gran parte de la ciudad. Entonces le ofreció una copa de vino y le pidió que le hablara de ella. Juliana le contó que era diseñadora de interiores pero que aun no había alcanzado el éxito que se proponía, que hacía poco que vivía fuera de la casa de sus padres y que ellos eran dueños de una importante textilera del país.

Él le prestaba atención a sus palabras pero sobre todo el movimiento de sus labios era lo que captaba la mayor parte de su interés. Alexander no perdió tiempo y apenas vio la oportunidad se acercó a ella, le tomó el rostro entre sus manos y se arriesgó a besarla. Pensó que era probable que encontrara una cachetada de parte de ella por su atrevimiento, pero Juliana correspondió su beso de manera apasionada.

Sus lenguas se entrelazaban a la vez que sus cuerpos se unían. Él podía sentir la voluptuosidad de ella apretando su pecho. Además, el perfume que ella tenía, lo hacía sentir embriagado de deseo. Después de algunos minutos de besos y roces, Alexander no podía ocultar la erección que tenía, ni tampoco tenía la intención de hacerlo; contrariamente, prefería rozarla con el cuerpo de ella, arriesgándose a que ella no reaccionara bien ante este mayor atrevimiento.

Sin embargo, a ella no le disgustó en lo absoluto el desparpajo que estaba demostrando él. Juliana lo sintió crecer desmesuradamente pegado de su vientre, entonces dirigió su mano al pantalón de Alexander y lo acarició con energía con un movimiento repetido ascendente y descendente. Él sintió

que iba explotar de placer en ese mismo instante, pero hizo hasta lo imposible por contenerse pues se sentiría avergonzado si aquello sucediera.

De todas formas, no quería perder la oportunidad de ir más allá con ella así que sin dejar de besarla, apretaba el busto de ella entre sus manos. Luego, la boca de Alexander comenzó a explorar otras fronteras del cuerpo de ella, llegó al cuello; ella comenzó a jadear en señal de que estaba disfrutando mucho aquello que estaba sucediendo. Él comenzó a pensar que podía tomarla en ese mismo lugar, y empezó a calcular cómo hacerlo.

Cuando pensó que ya lo tenía resuelto, hizo su movimiento; la colocó de espaldas a él, su boca seguía en el cuello de ella y su erección rozaba el espacio entre los glúteos de Juliana. Las manos de ella se dirigieron a las caderas de él, apretándolo aún más contra su cuerpo; Juliana inició movimientos provocativos con su cadera, entonces Alexander dirigió una de sus manos al muslo de ella, tan solo para subir y encontrarse con su verdadero objetivo.

Ella lo dejó acariciarla por encima de su panty, pues usaba un vestido que él había sorteado, sin embargo cuando intentó apartar la ropa interior para adentrarse mejor en su intimidad, ella lo detuvo y le dijo en voz baja que lo mejor era que pararan allí. Le dijo que le avergonzaba un poco que alguien pudiera verlos en ese momento. Él comprendió y le dijo que mejor se iban.

Ya en el coche, de camino, él pensó que quizás podrían entrar a un hotel para continuar lo que habían pausado; sin embargo, no tuvo la valentía de hacerlo de manera tan violenta, pues no quería hacerla sentir incómoda. Tenía la esperanza de que cuando llegaran a la casa de ella, lo invitara a pasar y entonces podrían proseguir el agradable encuentro; pero no fue así.

Alexander la acompañó hasta la entrada, ella se inclinó hacia él, le dio un tierno beso en los labios y le dijo que la había pasado estupendamente.

Entró a la casa, no sin antes decirle que le escribiera o la llamara pronto, y no lo invitó a pasar. Él se quedó parado allí por unos minutos, tratando de asimilar aquello e intentando caminar de regreso a su noche sin que su erección de saliera del pantalón.

De regreso a su departamento, se sentía un poco decepcionado debido a la misión fallida. Juliana le había despertado el apetito sexual y de verdad deseaba intimar con ella, si siquiera la satisfacción solitaria que tomó como medida aquella noche, le trajo el alivio esperado. Desde ese momento, decidió que haría hasta lo imposible por llevarla a la cama. Incluso, cuando entró en la inconsciencia del sueño, continuó buscándola; sin embargo, en el mundo onírico sí pudo lograr su propósito. Al despertar, se dio cuenta que nada lo tranquilizaría, que debía tenerla pronto.

Aquello se convirtió rápidamente en algo mucho más profundo que un deseo, se transformó en el norte de su vida, en una necesidad imperativa que se proponía cumplir. Lo que después sería parte de su perdición. Dedicó mucho tiempo de sus días y noches para planificar cómo acercarse a ella. Hacía lo que normalmente solía hacer, pero no dejaba de pensar en sus ganas de estar con ella; entonces le enviaba detalles a su casa, le escribía en repetidas ocasiones durante el día, la llamaba cada tanto y le hacía ostentosas invitaciones, que ella no despreciaba.

La escena de la primera salida, se repitió de cinco a siete veces más, al punto en el que Alexander pensó que en realidad no podría alcanzar su deseo, así que se comenzó a desesperar. Juliana se estaba convirtiendo en una especie de obsesión fatal para él y ella no parecía inocente de ello, de hecho él comenzaba a pensar que ella disfrutaba de ser el centro de su atención y de sus deseos más carnales. Aunque desestimó estas teorías por considerarlas demasiado macabras para venir de una mujer tan atractiva como ella.

- Juliana, creo que deberíamos hablar. –le dijo él durante un almuerzo en un exclusivo club de la ciudad.
- Claro cariño. Dime, ¿qué sucede? –le dijo ella con suavidad.
- Creo que es bastante obvio que tú me atraes mucho. Quiero pensar que yo no te soy indiferente, pero a veces siento que me evades por lo que tal parece que quizás lo que siento no es recíproco. –le expresó él, buscando una reacción de parte de ella.
- No es eso Alex. –le dijo ella, dándole vuelta a su bebida con la pajilla.
- Entonces, ¿qué es lo que sucede? Quiero entender, por favor. –le tomó la mano con delicadeza.
- No quiero que pienses que soy una mujer fácil. Si vamos a acercarnos más, quiero que sea porque nos une una relación con intenciones más formales. –sentenció mirándolo a los ojos.
- Mis intenciones contigo son formales. –le dijo, ante el ultimátum disimulado que ella le había lanzado.

Juliana le sonrió y le dio un beso suave en los labios, una caricia que selló para los dos la relación que de ahora en adelante los uniría. Desde ese mismo momento, Alexander tenía ciertas dudas acerca de las posibilidades de éxito de la relación; no estaba seguro que estuviera accediendo a ella por las mejores razones y no se sentía preparado para afrontar una relación seria, pues la única que había tenido hasta ese momento había terminado en un divorcio temprano.

Aquel día, por fin Alexander pudo ir más allá de los besos y las caricias con ella. Habían ido a la casa de él y Juliana le había permitido derramar todo su deseo sobre ella, que no era poco. Al finalizar, jadeante en la cama junto a ella, él tuvo la leve sospecha de que Juliana había planeado que las cosas fuera exactamente de la manera que fueron y él había caído en la trampa; sin

embargo, rápidamente desestimó esa terrible idea, e incluso se sintió un poco avergonzado por pensar así.

Apenas una semana después de haber formalizado su relación en la intimidad, Juliana y Alexander estaban de visita en la casa de los padres de ella para anunciarles su floreciente noviazgo, a pesar de que parecía aún muy temprano ella insistió. La reunión había sido una propuesta de ella y Alexander accedió a complacerla pues no quería que pensara que no estaba comprometido con la relación y temía su reacción.

Alexander se dio cuenta que los padres de Juliana eran personas acostumbradas a lujos y a cierto nivel de vida bastante lujosa, era notorio por su casa y su comportamiento. Después supo que el padre de ella había heredado la empresa de su padre y este de su padre también, de tal manera que la sucesión se perdía de vista. Lo que quería decir, según él lo percibía, es que eran personas que daban por hecho que merecían el éxito y aquello era bastante obvio.

Los padres de Juliana, Dora y Julián, habían aprobado la relación de muy buena gana; después de conversar con él, aunque la conversación le había parecido más bien una entrevista para un crédito bancario. Alexander había salido ileso gracias a que tenía el respaldo que le daba el éxito de su empresa, que había levantado en comunión con su padre. De alguna manera, él comprendía que los padres de Juliana se interesaran en su situación económica pues era entendible que ellos quisieran estar seguros que ella estaría con alguien que la representase adecuadamente y que pudiera responder con ella en cualquier circunstancia.

Alexander no solía ser una persona que se jactara abiertamente de sus éxitos laborales, ni muchísimo menos de las posibilidades económicas que tenía; por lo que le resultó muy poco cómodo conversar de ello con el señor

Julián; sin embargo, trató de parecer lo más natural y resuelto posible, pues quería causarle la mejor impresión. Tenía la sensación creciente de que si los padres de Juliana no lo aprobaban, él no tendría oportunidad de mantenerse cerca de ella, pues le importaba demasiado lo que ellos pensarán.

- ¿Desde cuándo tienen la empresa? –le preguntó Julián mientras estaban sentados en el sofá tomando whiskey a las rocas.
- Mi padre la inició hace treinta años aproximadamente, de a poco. Primero fue un pequeño taller y con el tiempo se convirtió en una gran ensambladora, como lo es hoy.
- ¿Y cuándo comenzaste a trabajar con él? –indagó su suegro.
- Desde que tengo uso de razón estoy con mi padre en su trabajo, pero de manera formal desde los veintidós años pues mi padre no dejó que me dedicara por completo a la empresa antes de graduarme. –le contó Alexander.
- ¿Qué estudiaste? –continuó su interrogatorio con mirada inquisidora.
- Ingeniería en mecánica automotriz.
- Muy bien.
- Papá, ya deja a Alex por favor; vinimos a pasar un rato con ustedes. –le dijo Juliana después de largo rato de preguntas y respuestas.
- Yo sólo quiero conocer al hombre con el que estás hija. No me puedes culpar por ser un padre preocupado.
- Le aseguro que tengo las mejores intenciones con su hija Don Julián. –le comentó Alexander.
- No lo dudo. –le dijo el padre con cierto tono sombrío en la voz que Alexander no supo cómo interpretar.

Ya con la aprobación de la familia de Juliana, los dos continuaron su

relación como se esperaría: cenas, cine, teatro, reuniones con amistades, algunas discotecas, viajes de fin de semana y mucho sexo. Después de algunos meses, Alexander había descubierto pequeñas y grandes manías que no le agradaban demasiado de su novia; sin embargo, trataba de tolerar.

Desde que estaba con ella, había trabajado en nada; lo cual a él le incomodaba, no por sustentarla sino porque le parecía que una persona debía tener un propósito en la sociedad y en la vida. Él había intentado decírselo de manera indirecta para que ella no se ofendiera, pero había sido en vano.

- ¿Te acuerdas de Gabriel? –le preguntó un día durante el desayuno.
- ¿Tu amigo?
- Sí.
- Sí, lo recuerdo.
- Se va a mudar con su novia y están buscando un diseñador que los ayude a organizar y decorar el departamento. –le comentó
- ¿Sí? Qué bueno, le puedo recomendar a una amiga que es excelente. –le respondió ella.

Ya estaba bastante claro para él que Juliana, no tenía ninguna intención de ser productiva, y eso le ocasionaba una gran incomodidad, sin embargo, prefería callar para mantener la relación lo más armoniosa posible. Nunca ha sido del tipo de persona que le guste discutir por cualquier cosa, siempre prefirió ser paciente. Justo cuando sintió que su tolerancia había encontrado un límite, Juliana le llegó con una noticia impactante, como si sospechara lo que él estaba pensando.

- Alex, estoy embarazada. –le dijo seria.
- ¿Estás segura? –le preguntó, palideciendo.
- Sí cariño. Claro que sí. Sé que no estábamos buscando esto y

entiendo si quieres terminarlo; aún se puede hacer algo al respecto.

- No, no. No digas eso ni de chiste. Claro que no. Vamos a hacer lo que es correcto.

- Mi papá me va a matar Alex. –le dijo con los ojos engrandecimos.

- ¿Por qué? Tú eres una mujer adulta ya, es normal.

- Es que él no es así. Va a reprocharme lo que dirá la sociedad por ser madre soltera. Estoy muy angustiada.

- Pero no estarás sola, yo voy a estar contigo en todo momento.

- Pero no estamos casados. –sentenció ella.

Ese día, Alexander no le quedó otra opción que ofrecerle matrimonio a Juliana, la futura madre de su hijo. La boda fue grandiosa, lo más increíble fue la rapidez con la que se pudo organizar; un mes después de la noticia, ya se habían casado y dos meses después del gran acontecimiento, ella le informó que había tenido un aborto espontáneo. Para él fue una noticia muy dura, ya estaba ilusionado con la idea de un bebé y mucho más que eso, él había decidido unirse a ella debido a ese ser que ahora no existía.

A Juliana no se le vio tan afectada, motivo por el cual Alexander comenzó a sospechar que el embarazo había sido inventado. Nunca lo pudo comprobar, pero ella a su vez tampoco le había dado una prueba de su estado. Todo había sido muy extraño y misterioso; aunque él no se lo dijo, era algo que rondaba su mente de manera constante y probablemente esa duda significó el principio del fin.

Cuando por fin acordaron un monto para la correspondiente compensación; Alexander volvió en sí y se vio de nuevo en aquella oficina fría, sin nada qué decir aún. Estaba dispuesto a pagar lo que fuera necesario

para poder separarse de esa mujer que le había traído tantas amarguras. Sin embargo, había una gran disyuntiva en cuanto a una casa en las afueras de la ciudad que había comprado para llevar al pequeño de paseo en vacaciones y fines de semana.

Alexander recordaba tantas risas de Daniel en esa casa que no le era sencillo despegarse de ella. Amaba a su hijo sobre todas las cosas, incluso sobre sí mismo y sabía que ese lugar le encantaba a él; quería tener la oportunidad de llevarlo con él cuando se calmaran las cosas. Sin embargo, Juliana no quería soltar la propiedad; alegaba que se había compra por deseo de ella y que se lo merecía, aparte del coche y del departamento con los que se estaba quedando sin ningún tipo de objeción por parte de Alexander.

- Juliana, tal parece que te empeñas en esa casa porque sabes que significa mucho para mí. Deja que me quede con ella para poder llevar a nuestro hijo y complacerlo. –le dijo, siendo lo primero que decía en la reunión que ya llevaba unas dos horas y media.
- No, yo también quiero llevar a nuestro hijo allí. La compramos porque yo te lo solicité, lo más justo es que pueda disfrutarla.
- No estoy dispuesto a cederla. –manifestó mirando a su abogado.
- Entendido. Ya escucharon al señor. –expresó tajante Darío, el abogado y amigo de Alexander.
- Entonces, por ahora no tenemos acuerdo. –sentenció Saúl, abogado y nuevo amante de Juliana; a la vez que cerraba la carpeta donde yacían los documentos de divorcio.
- No tenemos acuerdo. –repitió Alexander mirándolo fijamente.

Juliana y su abogado se levantaron de la mesa lentamente, como esperando que Alexander se arrepintiera de su decisión. Sin embargo, se mantuvo firme y a ellos no les quedó sino retirarse. El lugar se quedó en

completo silencio y con una atmósfera sumamente tensa. Como si ese lugar, se hubiese cargado de toda la energía negativa que se había desprendido durante la discusión.

- ¿Vamos a mi oficina? –le preguntó Darío a Alexander con tono de resignación.
- Mejor a tomarnos algo. –le propuso Alexander.
- Claro, Tío. Yo invito.

Alexander y Darío se internaron en un bar cercano al bufete, se sentaron en la barra y pidieron dos cervezas. Era el mismo lugar, donde los abogados solían ir continuamente y donde Alexander, después de cinco vasos de whisky, le había pedido a su amigo que se encargara de llevar de su proceso de divorcio con Juliana, pues ya no la toleraba ni un día más, según sus propias palabras.

- No tienes intenciones de cederle esa propiedad, ¿cierto? –le preguntó después de darle un largo trago a su bebida.
- No. –respondió Alexander mirando su cerveza fijamente.
- Entiendo. Ella tampoco parece que vaya a ceder.
- ¿Qué podemos hacer?
- Si ninguno de los dos cede, tendremos que ir a un juicio largo.
- Siento que no me va a dejar en paz nunca. –dijo Alexander en tono sombrío.
- Sé que esto no es lo que quieres escuchar, pero si deseas terminar con esto de una vez lo mejor es que cedas.
- Siempre cedí en todo, por eso estoy en las condiciones actuales. –reflexionó Alexander.
- Piensa que será la última vez que tengas que ceder.

Alexander no se hubiese podido imaginar un tiempo atrás que estaría

peleando con Juliana por una casa que en principio no quería comprar. Le parecía que era un capricho más de Juliana, y no estaba equivocado; sin embargo, fue un lugar donde fueron realmente felices como familia y era algo que él deseaba atesorar.

Un día, cuando Alexander llegó de su trabajo, Juliana le mostró unas fotografías que había visto en un sitio web de venta de inmuebles una casa a las afueras de la ciudad que tenía un patio hermoso, con una piscina mediana para niños y un parque. Le dijo que sería buena idea comprarla para pasar ratos libres con el pequeño, ella aun no daba a luz. Estaba tan ilusionada con esa compra que se comprometió a dirigir la remodelación personalmente.

- Juliana, no creo que sea necesario. Cuando queramos salir de la ciudad podemos alquilar algún lugar por días. No tenemos que comprar algo, es un gasto innecesario.
- No es lo mismo Alexander. Podemos hacer algo especial para nuestro hijo allí. –le dijo tajante.
- Él no necesita eso.
- No puedo creer que no veas lo agradable que sería y lo feliz que nos haría.

Juliana le quitó el habla a Alexander. Al principio él pensó que no duraría mucho la medida, pero después de cinco días sin una sola palabra, él comenzó a desesperarse. Lo que le causaba mayor ansiedad era no poder tocar el vientre donde se encontraba su primogénito no nato. Entonces sintió que se debilitaba, que no podría mantener su decisión por mucho tiempo. Al décimo día, estaba completamente vencido y resignado.

- Toma. -le dijo a Juliana entregándole un juego de llaves.

Juliana las recibió y no tuvo que pedir explicación para saber de lo que se trataba. Enseguida, una sonrisa triunfante se instaló en sus labios, miró a

Alexander y lo abrazó. A partir de allí, todo fluyó con normalidad pues había satisfecho su deseo. La diferencia fue que dedicó verdadero esfuerzo en el acondicionamiento de la casa. Aquello le hizo ver una luz de esperanza a Alexander, ella estaba demostrando que tenía interés en ser más diligente para su hijo, a él le pareció una buena señal.

Sin embargo, el interés de Juliana estuvo dirigido solo a dos cosas: a esa casa y a Daniel; si bien Alexander se sentía satisfecho y tranquilo al darse cuenta que Juliana era una madre tan abnegada, sentía un gran vacío con respecto a ella. Deseaba que fuera muy distinta; una persona trabajadora, comprensiva, humilde, entre otras cosas que él consideraba fundamentales.

Frente a aquella cerveza, Alexander parecía entender que el motivo por el cual peleaba tanto la casa era porque representaba lo que siempre quiso de ella en su matrimonio. Y de alguna manera macabra, también significaba poder quitarle algo que él sabía perfectamente que ella ansiaba, tal cual ella había hecho con él; le había quitado un tiempo muy preciado, su buena voluntad, la simplicidad con la que vivía y sobre todo su buen humor.

- No quiero tener que ceder esta vez. –le dijo secamente a su amigo en el bar.
- No veo cómo solucionaremos esto.
- La única solución que veo es que se lleve lo que ya me ha quitado, y nada más.
- Alex, tú no eres así.
- Ese es mi gran reproche. Yo no era así, ella me convirtió en alguien que no puedo reconocer, y que no me gusta pero que no puedo dejar de ser mientras ella esté en mi vida. –le dijo con el rostro enrojecido.
- Precisamente, creo que es una poderosa razón para que te

deshagas de todo esto.

- No voy a aceptar que se quede con esa casa. –repitió Alexander, enunciando con lentitud cada sonido de cada palabra de la oración.
- Está bien, aunque no lo creas lo entiendo. Creo que en realidad yo hubiese sido mucho menos flexible que tú. Si quieres esa casa, debes tenerla.

Como buenos amigos, se bebieron algunas cervezas mientras comentaban las últimas modificaciones en las alineaciones del equipo de futbol local; no se habló más del tema de Juliana por el resto de la noche. Darío entendía que Alexander pensaba demasiado en sus problemas con su esposa, así que seguramente lo menos que querría era continuar hablan de ella en el bar, tenía la seguridad que lo mejor que podía hacer era entretenerse en asuntos banales y de poca trascendencia, de esa manera se podría adormecer un poco la pena.

- Pareciera que el técnico no quiere ganar. –apuntó Alexander.
- Cierto, yo soy abogado y sé que esa alineación va a ser un desastre. Quizás hasta lo despidan.
- No es mala la idea. No me parece que esté haciendo un buen trabajo.

De esa manera continuó la conversación por unas cuantas tantas de cerveza. Cuando ya se había tomado las suficientes como para sentirse alegres pero no tantas como para no poder conducir sus respectivos coches, decidieron que era hora de irse. Se despidieron en la salida del bar, Alexander le dio un abrazo muy sentido a su amigo, como dándole las gracias por apoyarlo y cada cual caminó rumbó a su coche. Alexander trastabilló un poco antes de llegar, pero no debido al alcohol, sino porque su pensamiento se encontraba en otro lugar y no junto a él.

En ese instante pensó que en su vida realmente solo había sido feliz en dos ocasiones. Una fue cuando vio por primera vez a su pequeño hijo, tan delicado y tan vivo al mismo tiempo; Alexander le pareció estar en presencia de un milagro sorprendente. Aquel pequeño que había creado, ahora estaba en sus brazos y lo veía con sus ojos dulces. Desde ese momento supo que sería la razón de su vida y siempre que observa su mirada, revive ese momento maravilloso.

La segunda fue hacía muchos más años atrás, cuando tan solo era un adolescente rebelde. Es difícil de creer pero en aquella época Alexander practicaba skate, usaba ropa negra con motivos de rock pesado y se dejaba crecer el cabello. Todas las tardes se reunía en un parque cerca de su residencia con un grupo de amigos y patinaban sin parar; hacía piruetas, se reían, escuchaban música y hablaban de tantas cosas.

Una tarde mientras patinaban, notaron que en una banca un poco alejada del lugar donde patinaban, había un grupo de cuatro chicas que conversaban sin parar; eran bastante atractivas y tenían aproximadamente la misma edad de Alexander y sus amigos. Por supuesto, no pasó mucho tiempo para que aquellas adolescentes fueran el centro de atención de los chicos.

- Oye, Darío. Tú hablas tan fluido, ¿por qué no vas y te presentas?
-le dijo Alexander.
- Sí, anda tío. Que no pasa nada. -respaldó la idea Renato, otro de los chicos del grupo.
- Ustedes son unos cobardes. -los inquirió Darío.
- Bueno, alguno tiene que ir. -insistió Alexander.
- ¿Y por qué yo? Ustedes son los que quieren hablarle.
- ¿Y acaso tú no? -preguntó otro de los jóvenes.
- No, yo no. -respondió Darío bruscamente.

- Ah bueno pues, yo voy tío. –alzó la voz Alexander a la vez que emprendía su caminata en dirección a las chicas.

Alexander tenía unos shorts dos o tres tallas más grandes de lo que le correspondía, una franela negra pero desteñida de algún grupo de rock, un pasamontañas negro y una patineta en la mano, sostenida como si fuera un cuaderno. Caminó con la seguridad que da la juventud y la falta de experiencias desagradables. Cuando aun no llegaba al grupo de chicas, se dio cuenta que una de ellas lo veía venir. La mirada de ella era penetrante y no se apartaba de él. Enseguida él sintió cómo una emoción sin precedentes se apoderó de todo su ser, sobre todo de su cuerpo; de todas maneras su paso no titubeó; al contrario, estaba mucho más convencido.

- Hola chicas. ¿Qué tal?, ¿qué hacen? –les habló, con seguridad.
- Hola. Sólo conversamos. ¿Y tú? –contestó una de las chicas.
- Pues mis amigos y yo hicimos una apuesta, para saber quién venía a hablar con ustedes.
- ¿Y tú perdiste? –le preguntó la chica que lo había emocionado.
- No, yo gané. –le dijo con una amplia sonrisa en el rostro que la contagio.

Después de una breve conversación supo los nombres de cada una de ellas, pero sólo recordaba con seguridad el de la chica de su interés: Milagros, pero no le agradaba que le dijeran así, por lo que le decían Mila. Él les pidió que se uniera a su grupo de amigos para conversar y ellas accedieron. Los chicos, a unos cuantos metros, habían estado atentos al movimiento de Alexander y ahora veían con sorpresa que regresaba acompañado de las cuatro chicas.

- Les presento a mis amigos. –les dijo con tono triunfante.

Pasaron el resto de la tarde entre conversaciones y risas, incluso les

enseñaban sus patinetas y cómo montarlas. A partir de ese día, no se reunían en el parque sólo ellos, sino que ellas también asistían. Mila conversaba mucho más con Alexander que con cualquier otro de los chicos, y lo mismo hacía Alexander. En pocos días, él se dio cuenta que estaba enamorándose de ella.

Por las noches, acostado en su cama, recordaba con detalle lo que había conversado durante la tarde; entonces, imaginaba que le decía que le gustaba y que ella lo abrazaba, diciéndole que ella sentía lo mismo. Entonces, él sonreía y se sentía verdaderamente feliz. Pensaba en sus ojos aceituna, su cabello negro, su tez blanca y su cuerpo; claramente mejor desarrollado que el de cualquier chica de su edad que él hubiera determinado.

Ella tan solo contaba con quince años y él tenía dieciséis recién cumplidos. A él le parecía que aquello era una gran ventaja pues las chicas de esa edad solían interesarse más por chicos mayores que ellas. Sin embargo, aún no se atrevía a confesarle sus sentimientos, nunca veía la oportunidad pues siempre estaban el resto de sus amistades alrededor; aunque para ninguno de ellos era un secreto que Alexander estaba completamente enamorado de Mila, quizás la única que no lo tenía claro era ella misma.

Mila y Alexander no estudiaban en el mismo instituto y sólo coincidía cuando se encontraban en el parque con el resto del grupo. Así que él comenzó a idear la manera de estar con ella a solas para decirle lo mucho que le gustaba; sin embargo, nada se le ocurría, por lo que casi estaba resignado a quererla en silencio. Pero el destino se encargó de darle la oportunidad que estaba esperando.

Una tarde, Mila llegó sola al encuentro cotidiano en el parque; lo cual no era común pues siempre iba acompañada de Fabiana, otra de las chicas. Cuando le preguntaron por su amiga, ella les explicó que se sentía indispuesta

de salud, por lo que se había tenido que quedar en su casa; al parecer tenía lechina o algo por el estilo, así que pasaría algunas semanas ausente.

Al principio, Alexander no se dio cuenta que estaba en presencia de su oportunidad de oro para estar a solas con Mila. Así que necesitó un poco de ayuda, cuando estaban por despedirse notó que Darío le hacía señas extrañas con los ojos y las manos; él no comprendía en lo absoluto lo que estaba tratando de expresarle e incluso pensó que se estaba mofando de él, por lo que se sintió ligeramente molesto.

- Eres un tarado. Acompáñala hasta su casa. Háblale. Haz algo. – le dijo Darío entre dientes, abriendo mucho sus ojos.

Alexander dio un salto al notar que tenía la ocasión ideal con Mila en ese mismo instante. Ya ella había avanzado algunos metros en dirección a la calle, así que Alexander tuvo que apurar el paso para alcanzarla. Una vez que estuvo a su lado, la miró a los ojos y le sonrió sin decirle nada por algunos pasos más. Ella intuyó que él la acompañaría y tampoco le dijo nada. Por un rato caminaron en silencio.

- ¿Vives muy lejos? –le preguntó él para iniciar lo conversación.
- No. A unas cuantas cuadras. ¿Y tú? –ella le siguió el juego.
- También, pero en sentido contrario. –le respondió.
- Será largo cuando regreses.
- No importa. –le dijo él encogiéndose de hombros.
- Mila, te quiero decir algo desde hace tiempo. –le dijo él después de un minuto de silencio incómodo.
- Dime. –expresó ella.
- Desde que hablamos por primera vez, tú me empezaste a gustar mucho. –él se sonrojó.
- ¿De verdad? –ella parecía un poco sorprendida ante el

descubrimiento.

- Sí. –él tenía los ojos en el piso.
- ¿Y por qué no me lo habías dicho? –le preguntó ella.
- Primero porque quería que me conocieras bien. Si te lo hubiese dicho desde ese momento quizás no me hubieses querido hablar más. Y después fue difícil porque siempre estamos con los demás. – le explicó.
- Es verdad.
- Bueno... Yo quería saber si tú sientes lo mismo... -Alexander titubeó por los nervios.
- Sí... -le dijo ella mirando al suelo, por lo que no pudo ver la sonrisa que Alexander tenía tatuada en el rostro.
- ¿Quieres ser mi novia? –le dijo inmediatamente.
- Sí... -volvió a responder ella sin mirarlo directamente.

Alexander se sentía que flotaba por la calle mientras ella caminaba a su lado. Gracias a la felicidad que sentía, su cuerpo casi no tenía peso, era exageradamente liviano y no lo podía mantener en contacto con la superficie de la tierra. Sin preguntarle nada más a Mila, se atrevió a acercar su mano al brazo de ella y a deslizarla suavemente hasta alcanzar su mano, entonces enlazó sus dedos con los de ella y anduvieron el resto del camino tomados de la mano.

- Aquí vivo. –le dijo ella a los pies de un edificio de fachada lujosa.
- Es bonito.
- Sí. Nos vemos mañana. –ella se acercó y le dio un breve beso en la mejilla a Alexander, luego se fue corriendo.

Él se quedó impactado, viendo cómo ella entraba al edificio; con el

corazón acelerado y sintió un frío que le recorría todo el cuerpo. Por algunos minutos no reaccionó, permaneció mirando la entrada del lugar, con una sonrisa perenne. Una fina lluvia lo mojó, entonces por fin volvió en sí. Se colocó la capucha del sweater oscuro que vestía y caminó apurado hacia su casa, recordando cada detalle que acaba de suceder junto a Mila, quien ahora era su novia y no lo podía creer.

Antes de que cayera la noche, Alexander llegó a su casa, saludó a sus padres, quienes estaban en la cocina, se quitó la ropa mojada y se encerró en su habitación a mirar el techo, reviviendo las palabras que cruzó con Mila, sintiendo de nuevo la suavidad de la piel y la delicadeza de su mano en su propia mano. Era imposible para él parar de suspirar y de sonreír. Hasta el día de hoy, Alexander no volvió a sentir todo ese amor y esa ternura conjugado en un mismo sentir.

Ahora, de regreso a la realidad, acostado en su cama vacía, recuerda con profunda nostalgia la felicidad que sintió durante aquellos días gracias a Mila. Se sentía ligeramente mareado debido a las cervezas que había consumido en la tarde y al esfuerzo que había ejercido al recordar sus vivencias más preciadas pero a la vez más lejanas. Entonces, no puedo evitar preguntarse por Mila, ya que después de lo que pasó entre ellos no supo más de ella.

Se levantó de la cama, buscó su ordenador, lo encendió con apremio e inició su búsqueda de aquella joven que ahora debía ser toda una mujer. Colocó el nombre Milagros Zabat en el buscador de todas las redes sociales que poseía; sin embargo, no tuvo éxito alguno. Se imaginó que probablemente ella estaría casada y habría cambiado su apellido por el de su esposo, lo cual haría mucho más difícil ubicarla.

No sabía cómo podría conseguir información acerca de ella, ni

tampoco para qué querría encontrarla en realidad, pues aunque ella lo había hecho verdaderamente feliz, ya las cosas eran muy diferentes y de seguro ella tenía una vida mucho más satisfactoria que la de él, pues tal proeza no era muy difícil dadas las circunstancias en las que ahora él se encontraba. Se sintió desamparado, desalentado y desilusionado ante aquel pensamiento vacío de cualquier tipo de optimismo.

Deseó con fuerza recuperar el ímpetu que tenía por la vida cuando conoció a Mila, quería volver a sonreír sin la sombra de la tristeza y la decepción, necesitaba sentirse de nuevo en equilibrio consigo mismo. Ahora estaba lleno de experiencias desilusionantes, tenía poco ánimo y un gran peso en los hombros; parecía imposible poder borrar todo eso y ser quien fue antes. Sentía que él mismo no se reconocía, que no era él mismo pues se caracterizó siempre por ser alegre, decidido e ingenioso, y ahora no se sentía la antítesis de eso.

Se convenció que después de aquel enamoramiento juvenil, nunca más volvió a sentir amor puro por alguien. El resto de las mujeres que estuvieron en su vida fueron experiencias, unas más agradables que otras; una más desagradable que ninguna, pero solo ella despertó en él verdadero amor; aunque aquello sonara como una locura. Aquello le hacía pensar que seguramente esa era la raíz de todos sus problemas de pareja; que nunca pudo volver a entregar su corazón después de Mila.

3

- ¿Cómo te fue hijo? –le preguntó su padre apenas entró por la puerta de su oficina a la mañana siguiente.
- Como si me estuviera divorciando de una arpía. –le respondió Alexander con el ceño fruncido.
- Alex, todo pasa. –su padre le puso la mano en el hombro.

- Lo sé papá. Sólo que de verdad quiero que esto ya pase.
- Pronto.

Alexander se dispuso a intentar despejar lo suficiente su mente para poder hacer su trabajo cómo lo hacía normalmente. Antes de sentarse frente al ordenador, buscó dos analgésicos en la primera gaveta de su escritorio y se los tomó; intentando encontrar un poco de alivio al terrible dolor de cabeza que lo despertó aquella mañana, producto del alcohol, de las desilusiones y de Juliana.

Se sentó frente al escritorio, entonces una fotografía llamó su atención y la tomó para observarla más de cerca. En ella resaltaba la sonrisa y la mirada alegre de Daniel, su pequeño hijo. Sintió un fuerte golpe en el pecho que casi le hace perder la respiración, se trataba de la profunda tristeza que le causaba no tenerlo cerca. Lo extrañaba con tal intensidad que le era doloroso cada minuto que pasaba sin verlo. Decidió que se acercaría a él, aunque fuera mínimamente; así que tomó el teléfono y marcó el número de la casa donde vivía su hijo, con su madre.

- Aló. –escuchó Alexander al otro lado de la bocina, la voz de Juliana; tal y cómo lo imaginó.
- Pon a mi hijo al teléfono Juliana.
- Esa no es la manera de dirigirte a mí. –le dijo ella con voz ronca.
- No tengo ganas de discutir, simplemente quiero hablar con Daniel.
- Llama de nuevo cuando estés dispuesto a tratarme con el respeto que me merezco por haberte entregado los mejores años de mi vida y por ser la madre de tu único hijo. –se escuchó un golpe seco y seguidamente un tono intermitente.

Alexander sintió que un intenso calor le envolvía la cabeza, cerró los

ojos y los puños con la misma fuerza y se tuvo que contener para no darle un manotazo a su escritorio; también temblaba ligeramente, sobre todo las manos cerradas. Era más que seguro que los analgésicos que había ingerido no le serían de gran ayuda. Respiró profundo intentando calmarse. Entonces, escuchó que tocaban a su puerta, supuso que sería Lourdes, su asistente. A pesar de todos los problemas que tenía encima, era momento de seguir trabajando.

- Adelante. –dijo en voz alta, intentado recomponerse.
- Buenos días señor Avellaneda. Aquí tiene la carpeta para la junta directiva del día de hoy, le traje un café y quisiera saber si esta semana tiene tiempo para recibir al señor Moncada que ha estado pidiendo una reunión con usted de manera insistente por varios días.
- Gracias Lourdes. Dile a Moncada que yo lo llamo.
- Entendido. –dio media vuelta para retirarse.
- Lourdes. –la detuvo.
- ¿Sí? –ella regresó.
- Necesito que llames a Juliana y que hagas que me comunique con mi hijo.
- ¿Ya lo intentó usted? –le preguntó ella.
- Sí.
- ¿Entonces por qué cree que yo podría lograr lo que usted no logró?
- Tienes razón.
- Tiene que resolver ese asunto.
- Lo sé. Gracias. –ella se retiró inmediatamente.

Alexander después de dos años de trabajar con Lourdes, aún se sentía incómodo de la manera tan formal cómo ella se dirigía a él; pero no la cuestionaba pues le había demostrado en ese tiempo que normalmente tenía

razón en todo y que sus maneras siempre eran las mejores. Sabía que no podía manipularla para hacer algo que debía hacer él, pero estaba tan desesperado que de todas maneras lo intentó.

Como sabía que no lograría nada con Juliana por ahora, decidió hacer su mejor esfuerzo para concentrarse en su trabajo. Por momento, pensaba en su situación pero no se dejaba abrumar pues de ser así, no solamente Juliana lograría amargarlo sino que también arruinaría su trabajo y él debía impedir eso a toda costa. No podía permitir que ella dañara todo por lo que él había trabajado tanto durante toda su vida y por lo que su padre también había trabajado tanto.

José Alejandro, el padre de Alexander, hacía treinta años fue despedido de su empleo en un taller mecánico. Se puso a buscar trabajo de manera inmediata pero no lograba conseguir algo con lo que lograra sustentarse a él, a su esposa y al pequeño que tenía en camino; así que decidió comenzar a reparar coches él solo en un espacio reducido. Los primeros días fueron muy duros ya que no tenía ningún cliente, pero en cuanto tuvo el primero todo mejoró rápidamente.

El padre de Alejandro hacía un estupendo trabajo, y esa era su mejor publicidad. Pronto se mudó a un lugar más espacioso y contrató a dos empleados; luego, compró equipos usados para mejorar el trabajo. En unos años, el negocio fue aun más grande hasta que se convirtió en una de las ensambladoras más importantes del país. Tanto José Alejandro como toda su familia, estaban muy orgullosos de lo que él había podido lograr en la vida.

Ahora, él ya no trabajaba; desde hacía algunos años le cedió el negocio familiar a Alexander, su hijo menor que siempre mostró interés en él. Aquello había sido un alivio para él pues sus dos primeros hijos no parecían tener planificado trabajar en el área automotriz. Alonso siempre tuvo más

interés en los deportes y Alirio tenía pasión por la escritura. Fue Alexander quien desde que tuvo uso de razón, quiso acompañar a su padre al trabajo y demostraba verdadero interés por la industria que poseía la familia.

José Alejandro hizo todo lo posible por darle la mejor instrucción a su hijo, de tal manera que fue un hombre preparado y pudiera hacer una verdadera contribución a la empresa. Y hasta ahora, era exactamente lo que Alexander había logrado. Desde que era el capitán del negocio de la familia, la empresa había experimentado un auge magnífico; gracias a sus novedosas ideas y a sus creativas decisiones.

Alexander nunca se había sentido tan disperso en el trabajo como ahora y era comprensible; no podía hablar con el ser que amaba más en la vida, su pequeño hijo. Juliana tenía el control sobre él si tenía a su hijo, y esa idea le resultaba completamente repugnante. Tenía que encontrar la manera de librarse de la manipulación que ella quería ejercer sobre él, lo cual también lo desconcentraba de su labor.

Aquel día, decidió irse un poco antes a su casa, aunque deseó tener a otro lugar a donde ir la verdad era que no lo tenía. Su familia lo apoyaba y estaba atentos a él, pero Alexander no quería que lo vieran en aquel estado depresivo pues se preocuparían más de la cuenta; lo que sería problemático. Tenía también buenas amistades como las de Darío y Cintia; pero no quería incomodarlos en las satisfactorias vidas de pareja que llevaba cada cual por su lado.

Así que se sentó en un sofá, lo único que tenía en su sala por ahora, y tambaleaba en su mano derecha un vaso corto con whiskey y hielo. Entonces una pregunta llegó a su mente, ¿por qué si la separación con Cintia había sido tan pacífica, el divorcio con Juliana estaba siendo tan traumático y conflictivo? La respuesta era sencilla, Juliana no era Cintia; eso estaba claro,

él seguía siendo él: el factor que se había modificado en la ecuación era la pareja, así que esa debía ser la razón.

Cuando conoció a Cintia era muy joven, tenía tan solo diecinueve años. Ambos estudiaban ingeniería automotriz en la universidad y como era de esperarse Cintia era la única mujer que estudiaba esa carrera y justamente se acercó a Alexander porque era el único compañero de estudios que no intentaba ligarla. Estaba allí, en contra de la voluntad de su madre, así que tenía que demostrarle que ese era su lugar; lo que quería decir que tenía que tener excelente calificaciones.

- Hola. –Cintia saludó a Alexander quien se encontraba leyendo una enciclopedia en la biblioteca.
- Hola. –contestó él mirándola por encima del cristal de sus lentes.
- ¿Puedo sentar aquí? –le preguntó ella.
- Sí...
- ¿Estás estudiante para el examen de física?
- Sí...
- ¿Podemos estudiar juntos?
- Sí... -Alexander hizo una mueca similar a una sonrisa.

Alexander había estado sumamente concentrado en sus estudios y no se había fijado en la belleza de su compañera de estudio, hasta ese día. A partir de aquella tarde, se convirtieron en una pareja de estudios y les comenzó a ir verdaderamente bien. Luego, su relación fue tornándose más íntima, lo cual era comprensible pues tenía muchas cosas en común, sobre todo su interés por la carrera que estudiaban y la profesión que deseaban ejercer en el futuro.

Durante algunas semanas, Alexander y Cintia solo jugaban a besarse un poco entre libros y anotaciones, hasta que una tarde estudiaban juntos en

la solitaria casa de ella y los besos se salieron de control. Ninguno de los dos tenía la menor intención de detenerse, el deseo había tomado posesión de sus acciones. Se desnudaron tan rápido que no hubo tiempo para el pudor. Alexander cometió el error de no protegerse debido a la premura de su cuerpo y Cintia no se dio cuenta por la misma razón.

Se entregaron uno al otro arduosamente y sin ningún tipo de reservas. Todo fue muy placentero hasta que al pasar de los días la paranoia se apoderó de ambos, pensaban que por las circunstancias podrían haber engendrado. El miedo se apoderó de Cintia y se lo confesó a sus padres quienes estaban furiosos; eran pastores de una iglesia, por lo que era verdaderamente conservadores. La orden fue que se casaran inmediatamente, estuviera o no ella embarazada.

Alexander enfrentó la situación con la mayor madurez que pudo, no negó nada en ningún momento; al contrario, le expresó a Cintia que él estaría con ella pasara lo que pasara. Alexander, Cintia y los padres de ella fueron todos al ginecólogo, quien nunca había presenciado situación similar. Después de un breve examen físico, les dio a los cuatro la noticia de que ella no estaba embarazada. Cintia fue quien más aliviada se sintió y pensó que quizás eso lograría hacer que sus padres cambiaran de opinión y no la obligaran a casarse precipitadamente.

- Muy bien chicos. Tienen suerte, tendrán tiempo para disfrutar de su matrimonio antes de que lleguen los niños. –les anunció el padre de ella.

Cintia miró a Alexander, él le sonrió y la tomó de la mano. Ella estaba asustada pero con el apoyo que sintió de parte de él, se sintió por lo menos consolada. Tres meses después, ambos estaban frente al altar aceptando unir sus vidas en matrimonio. Los padres de Alexander no estaban de acuerdo

pero ante la decisión de su hijo casi adolescente, no pudieron hacer mucho. La única condición que ellos tuvieron fue que terminaran sus estudios.

Gracias a la ayuda de su padre y a su trabajo de medio tiempo, Alexander y Cintia tuvieron suficientes recursos para mantenerse como matrimonio. Ambos se ayudaron mucho en sus estudios y se convirtieron en los mejores amigos, además de esposos. Poco tiempo después de graduarse, se dieron cuenta que eran mucho más amigos que pareja; así que de la manera más cordial posible se separaron y firmaron su separación, muy en contra de los designios de los padres de Cintia. Sin embargo, ella se impuso pues había llegado el momento para tomar las riendas de su propia vida.

Cintia y Alexander seguían siendo amigos muy unidos; incluso, Alexander se llevaba muy bien con César, el actual esposo de ella y padre de su hija. Recordaban su matrimonio con mucho cariño, ni siquiera pensaban que hubiese sido un error o algo que no debió pasar, aunque no fue voluntad de ellos casarse. Pensaban que había aprendido mucho uno del otro y que de otra manera quizás no hubiese sido posible, estaban agradecidos de haberse tenido y de seguir estando presentes en sus vidas como grandes amigos.

Una situación como la de ellos dos es completamente inusual, pero eso era algo que Alexander no sabía fehacientemente. Como no había sufrido en su primer matrimonio, cuando se casó con Juliana no tuvo en su pensamiento que todo podría salir de manera tan terrible como finalmente había resultado. Era como si no tuviera los anticuerpos necesarios para contrarrestar una situación similar, porque nunca fue expuesto a algo así; entonces, Juliana pudo atacarlo con fuerza sin que él pudiera prevenirlo.

Ahora, solo en un sofá recién comprado, dándole vueltas a su trago con hielo dentro de un vaso corto; se daba cuenta lo ingenuo que había sido y sentía mucha rabia e impotencia. Trataba de pensar cómo salir de aquella

situación lo antes posible, entonces algo de sí mismo le imploraba que cediera por completo a las peticiones de Juliana y así poder librarse de ella, pero otra parte de él se negaba a entregarle todo después lo que ella había hecho.

Estaba en un completo dilema, incluso consigo mismo; pero su deseo más intenso era el de ver a su pequeño. Estaba seguro que él también estaría pasándola muy mal pues siempre después del trabajo ellos hacían cosas juntos: veían televisión, jugaban sentados en el piso, conversaban de sus días. Sabía que él estaría tan triste como él por no poder estar juntos. Lo cual era terriblemente doloroso para él, pues no parecía que pudiera hacer nada al respecto.

- Juliana, quiero que me dejes hablar con mi hijo aunque sea. –le escribió en medio del sufrimiento que sentía.
- Si eso quieres sabes bien qué es lo que tienes que hacer. –le respondió ella.
- No puedes manipularme de esa manera para que yo ceda en asuntos que tienen que ver con nuestra separación. Yo tengo derecho sobre Daniel, soy su padre.
- Y yo soy su madre, así que puedo decidir quién se relaciona con él, quién no y cuándo.
- No me obligues a hacer de esto otro asunto legal más por resolver. Estoy seguro que él también quiere verme.
- Mañana consultaré con mi abogado acerca de esta situación. –le volvió a escribir él al no recibir respuesta de ella.

Después de tres vasos de whiskey, Alexander se dio una larga ducha tibia y se acostó en su cama, también recién comprada, sin historia; se quedó dormido cambiando los canales del televisor, algunas horas después se

despertó un poco desorientado y apagó el aparato para continuar durmiendo. Tuvo algunos sueños desagradables que a la mañana no logró recordar pero que le habían dejado la sensación.

De alguna manera, Alexander se sentía menos aletargado aquella mañana; tenía el ímpetu suficiente para emprender la lucha para ver a su hijo; aunque podría significar otra lucha legal más. Llegó a su oficina e inmediatamente se comunicó con Darío, él se comprometió a verlo después de la jornada laboral para discutir las posibilidades. Alexander estuvo de acuerdo y se enfocó que su trabajo lo mejor posible, por su padre, por su hijo y por él mismo.

Aquel día, decidió que haría una supervisión a la planta de ensamble, pues era algo que hacía cada cierto tiempo de manera sorpresiva; de esa manera los trabajadores se sentía motivados a hacer el mejor trabajo posible pues no tenía la certeza de cuándo los supervisaría el propio presidente de la compañía y no sólo eso, sino que lo sentían cercano, uno más de ellos. Alexander les hablaba, les preguntaba, les sonreía e incluso recordaba sus nombres.

- Aló, Fernando. ¿Cómo estás hoy? –Alexander llamó al jefe de la planta.
- Hola Alex, estoy muy bien. ¿Qué tal?
- Todo encaminado. Oye, te llamó para decirte que en unos minutos voy para allá. Necesito que me acompañes a echar un vistazo.
- Perfecto. Organizaré todo para la supervisión. Nos vemos en un momento.
- Vale. –Alexander colgó la llamada.

Tomó su móvil, lo colocó en su bolsillo, le notificó a Lourdes del

motivo de su ausencia y salió rumbo a la planta. Al llegar al establecimiento, lo recibió con mucho agrado Fernando, le dio un casco, le colocó la mano en el hombro y se adentraron en el corazón de la empresa. Fernando le hablaba de estadísticas de producción y de controles de calidad conforme iban avanzando en su paseo.

- Gino, ¿cómo estás?, ¿cómo sigue tu esposa? –se detuvo Alexander a conversar con uno de los trabajadores de ensamblaje de la planta.
- Señor Avellaneda, ¿cómo está usted? Qué gusto verlo por acá. Mi esposa está mucho mejor, el tratamiento ha funcionado muy bien; tenemos buenas expectativas a corto plazo. –le extendió la mano.
- Caramba, no te imaginas cuanto me alegra saber eso. Si necesitan algo no dudes en acudir a mí, por favor. –le dijo mientras estrechaban sus manos.
- Gracias por su apoyo.
- Para lo que necesites. –Alexander continuó su camino.

Los directivos se detuvieron a observar algunos procesos, Alexander tomó algunas anotaciones; posteriormente, revisó algunos productos finales y a pesar de algunos detalles que debían mejorar, se sintió satisfecho con el trabajo que se estaba haciendo. No tenía duda de que las personas en las que había estado confiando para hacer el trabajo, estaban cumpliendo su labor a cabalidad.

- Fernando, estoy muy contento con lo que veo. Lo que más deseo es que el trabajo se siga haciendo de esta manera y que no decaigan. –le comunicó Alexander.
- Qué bueno saber eso. Acá nos esforzamos diariamente para

tener la mejor calidad posible en un equilibrio con la cantidad de producto y le aseguro que mientras dependa de mí así seguirá siendo.

Alexander se despidió de quienes lo acompañaron durante el recorrido, vio su reloj y se sorprendió al ver que se había pasado por mucho la hora de almuerzo; lo extraño era que no tenía deseos de comer. Supuso que tenía que ver con su estado anímico y con la concentración que había puesto en la supervisión de aquel día. Decidió que comería después del trabajo; sin embargo, Lourdes tenía un plan distinto para él.

- Hola Lourdes. ¿Qué sucedió durante mi ausencia? –le preguntó él.
- Tuvo algunas llamadas, pero le daré la información después que termine de comer. –le entregó una bolsa.
- No es necesario, comeré al salir.
- No señor, debe almorzar. Mire la hora que es.
- Lourdes, ¿y tú cómo supiste que no había almorzado? –le preguntó él.
- Lo conozco bien señor.
- Me asustas. –le dijo él un poco en broma y otro poco en serio.
- Es la idea. –le dijo ella con una media sonrisa.

Alexander se sentó en un sofá alejado del escritorio y se dispuso a tomar su almuerzo obligado. La situación le había causado un poco de gracia y a la vez ternura, porque Lourdes lo hacía sentir de alguna manera protegido y eso era justamente lo que él estaba necesitando en un momento como por el cual estaba pasando; tener a alguien que le brindara un poco de amparo.

Cuando aun no acababa con la comida frente a él, a pesar de la rapidez con la que comía pues se le había despertado repentinamente el apetito, sonó

su móvil. Normalmente, Alexander no lee mensajes ni contesta llamadas mientras está comiendo pero en esta ocasión lo tomó pues supuso que era Darío que le estaría dando alguna información importante acerca del caso de su hijo.

- Buenas tardes, señor Alexander. Dentro de un momento iré a su oficina a llevar a Daniel. Lo recogeré dos horas después. –le escribió Lorena, la niñera de su hijo.

Alexander dio un salto del asiento en el que se encontraba. Estaba claro que Juliana había decidido no entrar en más conflictos con él y por ello le permitiría pasar tiempo con su hijo. Era la mejor noticia que había recibido desde hacía tanto tiempo que no podía recordarlo. Después de ese mensaje, no pudo probar bocado más. Fue rápidamente al tocador, se lavó las manos y el rostro, se vio al espejo y notó la sonrisa en sus labios, brillante y sincera; justo como antes. Ya estaba listo para recibir a su hijo.

Se sentó en su escritorio, hecho un manojito de nervios y con gran impaciencia. Desde hacía semanas que no veía a su pequeño, por lo que sentía una emoción que casi no podía contener en su cuerpo. Le dio la orden a Lourdes de que apenas llegara Lorena, la hiciera pasar a su oficina. Él miraba la puerta de manera insistente, como si eso fuera a acelerar el momento en el que viera entrar a su hijo por allí.

Entonces, sucedió. Tocaron la puerta dos veces y él en voz alta indicó que pasaran. La puerta se abrió y vio a su hijo. Apenas sus ojos se encontraron y el rostro del pequeño se transformó en algo grandioso, a la vez que corría velozmente al encuentro con su padre. Alexander se arrodilló para contener su carrera en un solo abrazo que los fusionara a los dos.

Alexander llevó a Daniel a un parque cercano a su oficina. Se sentaron en uno de los bancos con un helado cada uno en sus manos. El de Daniel era de chocolate, pues como era de esperarse, le encantaba; mientras, su padre había preferido mantecado. Sin embargo, el helado de Alexander se estaba derramando pues él no tenía más atención que la que estaba usando para admirar a su hijo.

Estaba anonadado observando su sonrisa y el brillo de los ojos que siempre lo ha caracterizado. Además, antes no había notado las grandes similitudes físicas que hay entre los dos: el tono de la piel, la forma y el tono de los ojos, la textura de su cabello y algunas pecas que se asomaban en sus pequeñas mejillas. No tenía duda de que ese ser que tenía frente a él, era lo que mejor le había salido en la vida.

- Papi, ¿ya vas a regresar a casa? –le preguntó el pequeño.
- ¿Te gustaría que regresara? –le preguntó Alexander con el corazón arrugado.
- Sí, mucho.
- ¿Por qué?
- Porque te extraño. –le confesó el niño con la mirada gacha.
- ¿Qué es lo que más extrañas?
- Que juguemos por las tardes, que me cuentes historias para dormir y que me lleves al parque.
- Podemos hacer todo eso de todas maneras.
- ¿De verdad? –le preguntó Daniel.
- Claro. Puedo visitarte y ahora tú puedes estar en mi nueva casa; allí tienes una habitación para ti también, con juguetes y libros; entonces, cuando vayas te contaré todas las historias que quieras para dormir.
- Entonces no vas a regresar.

- No hijo. No voy a regresar, pero entre tú y yo todo debe ser igual. ¿Qué has hecho estos días?
- Nada. –le dijo Daniel encogiéndose de hombros.
- ¿Cómo nada? Algo debes haber hecho. –insistió el padre.
- Bueno, ahora Lore está más en casa. Hemos jugado y dibujado.
- ¿Lorena está más en casa?
- Sí.
- ¿Y tu mamá?
- Siempre está fuera. –le dijo inocentemente el pequeño.
- Está bien. ¿Te gustaría conocer pronto tu nueva habitación? –le preguntó Alexander cambiando el tema.
- ¡Sí! –le dijo emocionado.
- Bien, entonces lo harás pronto.

El resto del tiempo estipulado, padre e hijo lo invirtieron jugando y correteando en el parque. Por un momento muy breve, Alexander olvidó que tendría que separarse de él en poco minutos; mientras el niño, era inocente de aquel designio. Cuando estaban a punto de cumplirse las dos horas, Alexander recibió una llamada a su móvil; enseguida su corazón comenzó a palpar con mayor fuerza.

- Hola Alex. ¿Nos vemos pronto? –era Darío.
- ¡Darío! Me olvidé por completo de eso. No, no será necesario. En este momento estoy con mi hijo en el parque. Juliana envió a la niñera para que me lo trajera. Me dio dos horas con él.
- Está bien, pero recuerda que tampoco eso es lo justo ¿eh? –le advirtió como abogado.
- Lo sé, lo sé; pero, por ahora, vamos a esperar.
- Está bien. Disfruta a tu hijo. Salúdalo de mi parte.
- Está bien. –Alexander colgó la llamada.

Una vez que finalizó la llamada con su amigo, Alexander notó que tenía un mensaje de texto de la niñera de Daniel, en el cual le preguntaba dónde podía pasar buscando al niño. Con mucho pesar, él le explicó dónde se encontraban y donde se verían. Tomó al pequeño de la mano, sin decir nada que lo afectara, y caminó hacia el lugar de encuentro para esperar que Lorena llegara.

Mientras esperaban, Alexander vio a un grupo de niños jugando con una pelota muy cerca del borde de la acera. Como estaba temiendo, vio que la pelota se les escapaba y rebotaba hacia la carretera, entonces distinguió a un niño como de nueve años corriendo tras la pelota; volteó a ver si venían carros y pudo divisar una moto pequeña acercándose. Luego todo fue muy rápido.

- ¡Cuidado! –gritó instintivamente Alexander.

Entonces vio como la pequeña moto maniobraba para no atropellar al pequeño y enseguida la persona que iba en ella perdía el control y caía del vehículo aun en marcha. Él corrió al auxilio de la persona, cuando la alcanzó se dio cuenta que era una mujer, aun tenía el casco puesto y lucía muy aturdida. Se levantó asustada del pavimento y ya varias personas estaban reunidas alrededor de ella.

- ¡Cálmate, cálmate! Estás bien. –le dijo Alexander mirándola a los ojos, intentando hacer que volviera en sí.

- Siéntate. –le dijo y la acompañó al borde de la hacer.

Alexander vio entre el grupo de personas a Lorena y le pidió que se llevara a Daniel, se despidió del pequeño con un beso en la frente y regresó con la mujer. Otras personas habían levantado la moto, mientras ella se revisaba para descubrir las heridas y respiraba profundo para calmarse. Alexander notó que no estaba mal herida pero tenía algunos raspones que

necesitarían de cura, había rasgado sus pantalones a la altura de las rodillas y se podía ver un poco de sangre.

- Vamos al hospital, mi carro está cerca. –le dijo Alexander.
- La moto. –musitó ella.
- Tranquila. Mandaré a alguien para que la recoja. Debemos ir a que te revisen lo antes posible.
- Me siento bien. –dijo ella.
- Es la adrenalina, no sabes si tienes heridas graves aun. Vamos, es lo mejor. –le dijo a la vez que la ayudaba a desplazarse.

Ella se dejó guiar, aunque aún no estaba completamente consciente de la situación; estaba aturdida y no comprendía muy bien que era lo que le había sucedido, ni cómo. Incluso aun tenía puesto el casco que traía. Alexander manejó lo más rápido que pudo para llegar al hospital. Sabía que aquellos primeros minutos eran muy importantes y se daba cuenta que ella estaba algo distante de la realidad todavía.

- ¿Necesitas que le avise a alguien? –le preguntó antes de llegar al hospital.
- No quiero preocupar a nadie. Vamos a ver qué dice el médico.
- ¿Estás segura?
- Sí.
- Está bien. –dijo Alexander, refunfuñando.

Llegaron al hospital, Alexander entró por emergencia, se bajó del coche y corrió a ayudar a la mujer a bajarse. Personal del hospital se acercó y él le indicó que había tenido un accidente de motocicleta; enseguida, otro grupo de personas se unieron al auxilio con una camilla. Inmediatamente fueron ellos quienes tomaron las riendas de la situación. Le quitaron el casco con cuidado, para colocarle un collarín.

Alexander era solo un espectador, al observarla mejor, ya sin casco, le pareció muy conocida pero no dio inmediatamente con la identidad; segundos después, llegó a su mente como una luz el recuerdo de la primera vez que la vio en aquel parque durante su adolescencia. Aquella mujer no era otra sino Mila. El corazón de Alexander dio un vuelco total dentro de su pecho. Tanto tiempo queriendo verla de nuevo y ahora estaba allí mismo, frente a él.

Si antes se sentía preocupado por su salud, al darse cuenta que era ella no podía evitar sentirse desesperado al pensar que podría tener algo grave y que de nada valdría haberla encontrado de nuevo. En sus ojos se notaba la angustia. Ella ahora estaba inconsciente, se había entregado en las manos de personas especializadas. Minutos después, el doctor encargado le pidió a Alexander que dejara la sala de trauma pues no podía permanecer allí.

- ¿Usted es su esposo? –le preguntó la enfermera que lo acompañó a la sala de espera.
- No. Somos viejos amigos. –le respondió él aun asimilando lo que estaba sucediendo.
- Está bien. Si tiene contacto con los familiares es importante que les informe que ella está aquí. ¿Cuál es el nombre de la paciente?
- Milagros Zabat. –dijo él, sin dificultad para recordar el nombre; pues lo tuvo siempre muy presente a pesar del tiempo y la distancia.
- Vale. ¿Teléfonos de los contactos?
- No los conozco. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.
- ¿Qué fue lo que sucedió?
- Yo estaba en el parque. Un niño corrió detrás de una pelota que fue a dar a la calle, ella venía en la motocicleta y tratando de esquivar al pequeño, perdió el control y cayó.
- ¿Algún vehículo la golpeó?
- No, sólo cayó y la traje. –le respondió con miedo en la mirada,

pensando en las terribles posibilidades que pudieron haber sucedido.

- Tranquilo. Ella está en buenas manos. Hizo lo correcto. ¿Cómo te llamas? –le expresó ella colocando su mano en el hombro de él.

- Alexander.

- Alexander, apenas sepa algo yo misma te lo informaré. –le prometió ella.

- Gracias. –le dijo él, observando cómo se alejaba.

Alexander se sentó en una de esas sillas, fría, solitaria, pálida y lúgubre. Colocó sus manos en su rostro, como si intentara de contener las sensaciones que lo atropellaban en ese mismo instante. Estaba muy emocionado por haberla encontrado, pero tremendamente asustado de que su salud estuviera seriamente comprometida. Muchas ideas atravesaban su mente, unas buenas, otras malas y algunas terribles.

Él miraba el reloj de la pared de enfrente de manera incesante, y cada cierto tiempo verificaba que de verdad esa fuera la hora; pues tal parecía que ese dispositivo en particular estaba programado para hacer pasar el tiempo el doble de lento de lo normal. Sin embargo, estaba errado pues siempre que comparaba la hora con su propio reloj, el de la pared se burlaba de él con la verdad que exhibía.

Veía pasar a camilleros, enfermeros, doctores; algunos de los cuales hablaban con otras personas que se encontraban en la sala también esperando noticias, pero ninguno lo miraba a él, ni siquiera lo determinaban. Con el pasar de los minutos, se convencía cada vez más que lo de Mila debía ser una situación grave; por lo que sentía que se le escapa el alma por la boca en ese mismo instante. Podría pensarse que aquello era una exageración de su parte, pero se trataba de la mujer que significó mucho en su vida, probablemente la única mujer que realmente amó.

- Alexander... -le habló la enfermera de antes.
- ¿Sí? –se levantó inmediatamente él.
- Milagros está estable. Solo fueron golpes, nada grave.
- ¿De verdad?
- Sí, puedes verla. Está descansando, la tendremos en observación hasta mañana. –le anunció ella.
- ¿Por qué se tardaron tanto?
- Hubo que hacerle muchos rayos X, el golpe fue fuerte. Tuvo mucha suerte. ¿Vamos?
- Sí. –Alexander la siguió por el pasillo que los llevaría a las habitaciones.

Ella lo hizo entrar a una habitación con una luz blanca, que hacía que todo luciera tan perfectamente limpio. En medio de la habitación, estaba la cama donde Mila reposaba con los ojos cerrados. Él se adentró en la habitación, a la vez que la enfermera cerraba la puerta a sus espaldas. Se acercó a ella, la observó con detalle y corroboró que efectivamente era ella, sus rasgos, sus labios, su cabello; con más de diez años que la hacía lucir más maduro y mucho más hermosa.

- Ya puedes ir a descansar, mañana podrás volver a verla. Ella estará acá toda la noche y si evoluciona como se espera, mañana estará de alta en la mañana. –le dijo la enfermera.
- ¿Y no puedo quedarme? –preguntó afligido.
- ¿Quieres quedarte?
- Sí, por supuesto.
- Está bien, sí es lo que deseas; pero te aseguro que ella estará muy bien cuidada aquí.
- No lo dudo, pero es que siento que se sentirá sola si se llega a despertar.

- Está bien. –ella sonrió y salió de la habitación.

Alexander la miró, tan indefensa, tan delicada. Tenía algunas heridas leves en las manos y los brazos según él podía ver. Recordó lo sucedido y supo que ella seguía siendo una persona noble y bondadosa, pues se puso en peligro, sin pensarlo siquiera, para evitarle un daño a un niño. Sintió ternura, admiración y preocupación; todo a la vez. Quería tomar su mano para que sintiera su presencia pero temía despertarla y que se sintiera incómoda por su gesto.

- Gracias por traerme. –le dijo de pronto ella que se había despertado sin que él lo notara.
- No tienes nada que agradecer.
- Pensé que ya te habrías ido.
- Prefiero quedarme, si no tienes problema. Por si necesitas algo. –le dijo él.
- Me recuerdas a alguien. –le dijo ella tratando de recordar.
- Pensé que no te acordarías. –dijo él en un suspiro.
- ¿Si nos conocemos? –le preguntó ella.
- Sí. –le dijo mirándola directamente a los ojos.
- ¿Alex...? –preguntó ella entre duda y una leve sonrisa.
- Sí.
- No lo puedo creer. –ella se sonrojó.
- Ni yo tampoco lo puedo creer.

Durante horas, Alexander y Mila hablaron de lo que fue de sus vidas desde que los habían separado. En ese momento, él comprendió porque nunca pudo ubicarla a través de las redes sociales. Ella le contó que hacía unos años atrás, vivía en pareja con un hombre llamado Tomás, quien durante una discusión de pareja la había golpeado. Ella lo denunció pero de alguna

manera logró librarse de la acusación y la amenazó. En varias ocasiones intentó volver a agredirla, así que ella decidió mudarse lejos de él, cambió de número y cerró todas sus redes sociales.

Con el tiempo, abrió su cuenta en las redes sociales pero usando su segundo apellido y aceptando solo a personas de confianza que no tuvieran ningún tipo de relación con Tomás. De esa manera, había logrado hacerlo desaparecer de su vida. Eso ya había pasado algunos años, pero luego no había logrado tener una relación estable; seguramente por los traumas que aquello le había causado.

En cuanto a su vida amorosa, Alexander le dijo a Mila que él se había casado y divorciado dos veces, apelando a las mentiras piadosas, pues dentro de poco eso sería completamente cierto; además, le aseguró que le avergonzaba mucho sus fracasos pues de verdad quería tener una relación estable y duradera, pero no se había unido con la mujer indicada aún. Le hablo de su pequeño hijo Daniel, con ilusión y profundo amor.

Acerca del trabajo, Mila le contó a Alexander que se había dedicado al mundo del café, que había estudiado en las mejores escuelas alrededor del mundo y había obtenido los más altos grados de especialización en el grano; además, había participado en campeonatos mundiales de barismo. Actualmente, estaba dedicada a la gerencia de una pequeña cadena de cafeterías de especialidad de su propiedad. Hablaba de su trabajo con mucha pasión y satisfacción.

Por su parte, él le contó de cómo se había convertido en el líder de la empresa que su padre había conformado hacía años, lo mucho que le satisfacía saber que su trabajo no sólo era productivo sino que tenía la fortuna de poder decir que le daba la oportunidad de un trabajo digno a tantas personas. Le habló de la pasión que sentía por los coches y por todos los

procesos que representaba su construcción.

- Creo que hemos hablado demasiado. Tú necesitas descansar. –le dijo él dándose cuenta de la hora.
- Es que teníamos tanto tiempo sin vernos.
- Es cierto, pero ya tendremos tiempo de seguir conversando; por ahora creo que lo mejor es que duermas. –le insistió él.
- Sí, está bien. Deberías ir a descansar a tu casa.
- Prefiero quedarme aquí por si necesitas algo. Me sentiré más tranquilo.
- Está bien. –le dijo ella, sin fuerzas para imponerse.

Mila estaba adolorida, así que buscó acomodo en la cama con lentitud; sin embargo, en su rostro se podía distinguir los signos del dolor. Una vez que consiguió una posición que la satisfizo, suspiró y cerró los ojos. Alexander apagó la luz de la habitación y se sentó en un mueble que estaba ubicado al lado de la cama y también intentó buscar la mejor posición para conseguir un posible descanso.

Él continuó con los ojos abiertos, tratando de deducir si ella estaría dormida. Deseó poder aliviar su dolor o ser él quien lo sintiera para que no tuviera que estar pasando por esa situación tan incómoda. Cuando él consideró que debía estar ya dormida, cerró sus ojos para descansar un poco. Si bien cayó en un sueño leve, imágenes comenzaron a rondar en su mente. Veía una y otra vez al niño detrás de la pelota, la calle, los coches y a Mila perdiendo el control de la motocicleta.

Alexander abrió sus ojos repentinamente con una exhalación fuerte y se sintió desorientado por unos segundos, entonces recordó los acontecimientos del día y la noche anterior. Temía haber despertado a Mila pero no observó movimientos de ella. Miró su reloj, eran las cinco y media de

la mañana, aun quedaba un buen rato de oscuridad pero ya no tenía sueño o más bien no quería seguir repitiendo aquellas imágenes en su mente inconsciente.

Alexander se levantó del mueble, caminó con cuidado hasta la puerta y salió de la habitación. Se dirigió al cafetín, pues pensó que no le caería nada mal un buen café; además, sentía que su estómago se había despertado mucho antes que él. Seguramente tenía que ver con que no había comido nada desde su almuerzo tardío y apurado del día anterior gracias a Lourdes, a quien en ese momento agradeció mentalmente pues de no haber sido por ella, seguramente no habría comido nada dados los subsecuentes eventos de su día.

- Buenos días. –se sentó frente a él la enfermera de la noche anterior, mientras Alexander comía algo.
- Hola. Buenos días. –le dijo él con una sonrisa.
- ¿Qué tal la paciente?, ¿durmió bien?
- No sentí que se despertara ni nada. Aún duerme.
- Eso es bueno, quiere decir que los medicamento hicieron el efecto deseado y que está bien pronto.
- Es un alivio. –dijo él suspirando.
- Es lindo tener alguien que se ocupe de uno.
- Es lo menos que podía hacer. Fuimos muy unidos en la adolescencia.
- ¿Desde ese momento estás enamorado de ella? –le preguntó ella mirándolo directamente a los ojos.
- ¿Disculpe? –Alexander se quedó inmóvil.
- No tienes que avergonzarte. En este trabajo se suelen ver a muchas personas con muchas sensaciones, algunas que no se pueden entender bien; pero si hay algo que se nota más en un lugar

como este es cuando una persona ama a otra. Y definitivamente tú la amas.

- ¿Cómo puede saberlo?
- Es algo en la mirada y en la voz, es imposible no notarlo.

Alexander no supo que más decir, sonrió amablemente y siguió con su desayuno. Una vez que estuvo de regreso en la habitación, encontró a Mila aun dormida, lo cual lo hizo sentir aliviado. Se sentó de nuevo en el mueble, esta vez para pensar en lo que le había dicho la enfermera. Le pareció curioso que ella pensara que él estaba enamorado de Mila, eso no sería posible ya que hacía tanto tiempo que no se veían; sin embargo, no lo abandonaba la sensación de que aquella mujer era la única a la que realmente había amado alguna vez.

- Buenos días. –le dijo Mila, interrumpiendo los pensamientos de Alexander.
- Hola. Bueno días. ¿Cómo te sientes? –le dijo exaltado.
- Estoy algo adolorida pero no me siento tan mal. Es soportable. Gracias a estas drogas pude dormir muy bien anoche.
- Eso me contenta mucho.
- ¿Tú dormiste algo? Me imagino que no, ese mueble luce espantosamente incómodo.
- Bueno, no fue mi mejor noche; pero no importa. Valió la pena. – le sonrió.
- Buenos días. -interrumpió el doctor al entrar en la habitación sin previo aviso.
- Buenos días. –respondieron los dos al unísono.
- Voy a hacerle un chequeo físico señora Zabat, si así lo desea su esposo puede quedarse.
- No es mi esposo.

- No soy su esposo. –dijo Alexander a la vez que Mila.
- Está bien. Disculpen. Entonces el caballero tendrá que salir. – indicó el galeno.
- Está bien. –Alexander salió de la habitación.

Se sentía un poco avergonzado por las continuas confusiones del personal del hospital con respecto a la relación que lo unía con Mila; se preguntaba si era posible que se hubiera sobrepasado quedándose con ella esa noche. Era probable que sí porque todos asumían que eran pareja, lo cual seguramente sería muy incómodo para ella y él no quería que ella se sintiera de esa manera, ya era suficiente con el dolor que tenía.

- La señora Zabat será dada de alta en unos minutos. Está muy bien, evolucionará rápido si sigue al pie de la letra las indicaciones que le voy a prescribir. –le anunció el doctor al salir de la habitación.

5

- No es necesario que me lleves, puedo pedir un taxi o decirle a una amiga que venga por mí. Seguramente tienes asuntos que resolver en el trabajo, no quiero ser una molestia. –le dijo Mila a Alexander.
- De verdad me gustaría llevarte y no eres una molestia. No digas eso. Necesitas un poco de ayuda y yo puedo dártela. En cuanto al trabajo, todo está bien; ya notifiqué que tengo un pendiente y no habrá problema. ¿Está bien?
- Me da un poco de vergüenza, tú no tienes que encargarte de esto.
- No tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo. –le dijo él sin dudar.
- Gracias. –ella se sonrojó.

- No tienes nada que agradecer, para mí es un placer.

Pocos minutos después, les notificaron que Mila se encontraba de alta médica. El doctor les dejó por escrito las indicaciones y ya se podía retirar. Alexander ayudó a Mila a desplazarse hasta su coche para llevarla a su departamento. Ella le daba las indicaciones de cómo llegar mientras iban en camino. Él sintió algo distinto a la soledad y a la desesperanza que lo había secuestrado desde hacía mucho tiempo, lo cual lo hizo sentir un poco de alegría y a la vez un poco de vergüenza porque esa alegría venía de una circunstancia delicada para otra persona.

- Es aquí. –le dijo ella.
- Es un lindo edificio. –le dijo él.
- Gracias por traerme.
- ¿No necesitas que te acompañe hasta tu piso?
- Haz hecho ya mucho por mí.
- No sigas con eso. Vamos. Déjame ayudarte. –Alexander se bajó del coche y le abrió la puerta a Mila.
- Qué pena que nos hayamos encontrado en una situación como esta.
- He escuchado que las cosas pasan por algo, quizás ahora por fin pueda entender ese dicho popular.
- De verdad espero que esto me esté sucediendo por algo realmente bueno. –le dijo ella riendo un poco.

Mila entró con ayuda de Alexander al ascensor y marcó el botón que los llevaría al piso cinco del edificio. Después de un rápido ascenso, las puertas del ascensor se abrieron y ella le indicó que su departamento era el segundo a la derecha. Eran sólo unos pocos metros pero ella debía caminar con precaución, así que se tardaron un poco en estar frente a la puerta del

apartamento 5-B.

- Pasa. Como debes suponer, no esperaba visita; pero creo que no está tan desordenado. –le dijo ella al abrir la puerta.
- ¿Quieres que te ayude a llegar hasta tu habitación?
- Sí, creo que debo recostarme.
- Vamos.

Alexander no pudo observar con detalle el departamento de Mila aún, pero enseguida que entró, sintió una especie de aroma agradable y una atmósfera liviana que no sabía cómo explicar. Una vez en la habitación, ayudó a Mila a sentarse en su cama y regresó a la sala para ubicar las píldoras que ella debía tomarse en ese momento. Buscó un poco de agua y le las entregó.

- Gracias. –le dijo apenada.
- Tranquila Mila. Todo estará bien.
- Sí, lo sé; pero tomaré unos cuantos días. Es duro para mi, suelo ser una persona muy independiente. Y tener que aceptar que alguien me ayude hasta para sentarme en mi cama, no es fácil.
- Entiendo. No se lo diré a nadie sino no lo haces tú. –ambos rieron.
- Creo que es hora de que llame a alguien para informarle lo que sucedió.
- Esa es una excelente idea. ¿Llamarás a tu madre?
- No, ella murió. –dijo ella con la mirada perdida.
- Lo lamento Mila... No tenía ni idea...
- Lo sé, no te preocupes.
- Entonces, ¿llamarás a tu padre?
- No nos hablamos desde hace tiempo.

- Creo que mejor paro de hablar. –dijo el sumamente apenado.
- Llamaré a Patricia. Es mi amiga y mi socia. Es la persona más cercana que tengo.
- Está bien. Llámala, te dejaré sola unos minutos. Voy a salir por una pizza, para que comamos. ¿Te parece?
- Me parece una estupenda idea. Llévate las llaves que están en la primera gaveta en la cocina. Es la copia. –ella le sugirió.
- Vale. Nos vemos en unos minutos. Si necesitas que regrese no dudes en llamarme. ¿Ok? Estaré atento.
- No te preocupes. Ve.

Alexander llegó a una pizzería donde solía comer pues le encantaba la manera cómo hacía la pizza en aquel lugar. Pidió dos pizzas distintas para llevar y se sentó a esperar que se las entregaran. Pensaba en las vueltas que daba el destino, pues hacía unos cuantos días atrás, para él hubiese sido imposible pensar que estaría haciendo lo que estaba haciendo justamente en ese momento.

De pronto a su mente llegó el recuerdo de la última vez que vio a Mila. Había sido hacía muchos años atrás un día en el que él la acompañaba de regreso al edificio dónde vivía, como era usual desde que eran novio. De tal manera como hacía todos los días, ambos se quedaron en un rincón alejado y solitario del edificio besándose y acariciándose de manera tentadora.

Aquella tarde, estaban especialmente amorosos. Mila tenía su espalda contra la pared y Alexander la abrazaba, sus cuerpos estaban completamente unidos y podían sentirse en detalle. Las manos de Alexander aprovechaban la ocasión para acariciar el cuerpo de Mila por encima de la ropa, especialmente sus senos, que eran el delirio de él; ella se contorsionaba de placer con cada toque de sus manos.

De manera instintiva pero con cierta consciencia, ambos comenzaron a mover sus caderas para sentir el roce de su intimidad, mientras sus lenguas seguían entrelazadas. Las manos de ella se posaban en la cadera de él, intentando apretarlo lo más posible hacia ella. Entonces, escucharon los pasos rápidos de alguien que se acercaba a ellos, por lo que tuvieron que separarse.

- ¿Cuántas veces voy a decirles que no pueden estar aquí? –les dijo con voz autoritaria el señor Alfonso, el vigilante del edificio.
- Voy a subir. Dame unos diez minutos y regreso. –le dijo Mila a Alexander en voz muy baja.

Mila comenzó a subir las escaleras, el señor Alfonso la siguió y Alexander obedeció a su novia esperando que regresara pronto para continuar con la faena de caricias de aquella tarde. Sin embargo, eso no fue posible pues cuando Mila entró a su casa, el señor Alonso le notificó al padre de ella de los acontecimientos repetidos con Alexander en el edificio. El señor Mauricio se enfureció y después de amenazar a su hija salió en busca de aquel chico que pretendía a su hija.

Ella se fue detrás de su padre a toda marcha mientras él buscaba al degenerado. Entonces, Alexander vio venir aquel hombre de gran altura hacia él con una furia indescriptible en el rostro, entendió lo que estaba pasando sin ninguna necesidad de explicaciones. Adivinando las intenciones del padre de Mila, corrió hacia la salida del edificio, que tenía una puerta de vidrio que él no distinguió por el temor en el momento de la huida.

Alexander a tan solo centímetros de la salida fue que pudo recordar que aquello era una puerta de vidrio, así que sólo tuvo oportunidad de interponer su brazo entre la puerta y su rostro. Se escuchó un estruendo y Alexander sólo pudo seguir corriendo. Algunos metros después sintió algo espeso goteando de su brazo, cuando miró era su propia sangre que brotaba de una

herida profunda que tenía su brazo.

En ese momento sintió mucho miedo, y no sabía qué debía hacer. Era obvio que necesitaba asistencia médica pero temía de las reprimendas de sus padres. Se sentó en un banco del mismo parque donde conoció a Mila, sosteniendo su brazo, intentando disminuir el sangrado pero sin mucho éxito. Estaba desorientado, no sabía qué hacer. Muchas personas pasaban, lo veían y se impresionaban; él sentía vergüenza y no pudo evitar que lágrimas salieran de sus ojos.

- ¡Alex! ¿Qué pasó? –se acercó a él la señorita Indira, su profesora de español.
- Choqué contra una puerta de vidrio. –le dijo él entre sollozos.
- Hay que llevarte ahora mismo a un hospital.
- No le diga a mis padres por favor.
- Alex, tus padres se van a enterar de todas formas. Ahora no pienses en eso, vamos a que te curen.

Ella lo llevó al hospital más cercano y mientras lo asistían llamó a los padres quienes llegaron enseguida. Estaban muy preocupados pero no le permitieron verlo hasta que le hicieran la sutura correspondiente. Después de por lo menos una hora, el señor y la señora Avellaneda fueron llamados al consultorio del doctor, donde se encontraba también Alexander.

- Señores, la lesión de su hijo fue un poco grave. Ya suturamos, pero serán necesarios ciertos cuidados y una vez que la herida haya sanado completamente, es importante que asistan a una consulta con algún fisioterapeuta pues seguramente requerirá de algunas sesiones con él, ya que algunos tendones de la mano fueron afectados. –les informó el doctor.

Gracias a la juventud y buena salud de Alexander, la herida sanó

rápidamente. El fisioterapeuta indicó que debía realizar por lo menos seis sesiones de terapia, después de las cuales volverían a evaluar al chico y se sabría si era suficiente o requeriría de algunas más. Sin embargo, después de las primeras seis indicadas, Alexander se había recuperado completamente. Lo verdaderamente doloroso para Alexander no fue la herida del brazo, sino la prohibición expresa que tenía de volver a ver a Mila.

La prohibición venía primero que nada por parte del padre de ella, pero se extendía también a sus propios padres que nunca antes le había prohibido nada. Pues cuando fueron a asumir las consecuencias del escape de su hijo, la discusión con el padre de Mila había sido bastante acalorada; por lo que los padres de él no querían que tuviera nada que ver con una persona tan violenta, volátil y grosera.

Cuando estuvo completamente recuperado, a espaldas de sus padres y en contra de su voluntad, Alexander trató de comunicarse con Mila mediante su amiga Fabiana, pero ella le dio la terrible noticia de que el padre de Mila había decidido mandarla a estudiar fuera del país y no tenía manera de comunicarse con ella, ni sabía cuándo regresaría. Alexander se sintió impotente, triste y desolado; había perdido a su novia. Aquello era mucho peor que la cicatriz que le había quedado en el brazo.

Ahora que Alexander lo pensaba bien, tomando en cuenta los hechos, los últimos encuentros con Mila habían estado signados por los accidentes. Sin embargo, se negaba a ver aquello como algo negativo; prefería pensar que si era tan complicado estar en contacto con ella, seguramente era por que valía la pena intentarlo. Ya no eran adolescente, ahora eran los dueños de sus decisiones; las cosas eran muy distintas.

- Aquí tiene señor. –le comunicó el mesero, entregándole las pizzas.

- Gracias. –le dijo él y se fue directo al departamento de Mila.

Mientras iba manejando, Alexander miraba intermitentemente la cicatriz que tenía en su brazo, que le hacía recordar todo lo ocurrido con Mila. Entonces, sintió que el destino estaba dándole una segunda oportunidad con ella y en silencio, decidió que no podía dejarla pasar. Ella estaba mucho más hermosa de lo que la podía recordar, se había convertido en la mujer con la que siempre había deseado compartir su vida. Al pensar en ellos, se dio cuenta que algo dentro de él encajó, sintió que ella era exactamente lo que él había estado necesitando.

Alexander respiró profundo, recordó su resolución y utilizó las llaves que Mila le había dado para abrir la puerta del departamento. A penas entró, escuchó unas voces que venía del interior de la habitación de ella, supuso que alguien había llegado a verla. Colocó las pizzas en la mesa del comedor y tocó la puerta de la habitación de Mila para no interrumpir.

- Pasa. –dijo desde el interior Mila.
- Hola. Traje pizza. Dijo él.
- Alex, ella es Patricia, la amiga que te comenté.
- Mucho gusto Patricia. –se acercó para ofrecerle la mano.
- El gusto es todo mío. Con que este es tu salvador. –dijo Patricia mientras los miraba sonriente.
- No la salvé, sólo la ayudé.
- Eso es más de lo que haría cualquiera. –dijo Patricia.
- Es cierto. –secundó Mila.
- Es lo menos que podía hacer. Ya dejen eso. ¿Quieren pizza?
- ¡Sí! –dijeron las dos al unísono.
- Ya les traigo.
- Te ayudo. –le dijo Patricia.

Alexander tuvo la sensación de que Patricia y Mila eran un dúo de amigas muy unidas, lo cual le parecía comprensible pues por lo poco que comenzaba a saber de Mila, no tenía contacto con muchas personas. Por lo menos tenía una persona en la vida con la cual podía contar y de alguna manera eso le quitó alguna carga de preocupación de los hombros, pues por algún motivo desconocido, él deseaba que ella fuera feliz.

- Alex, de verdad quiero darte las gracias por haber ayudado a Mila en un momento tan difícil. Ella no es del tipo de persona que pida ayuda, me alegra que hayas estado allí para ella. –le dijo Patricia en la cocina.
- No suelo decir este tipo de cosas porque no creía en este tipo de cosas pero tal parece que fue el mismo destino el que confabuló para que las cosas pasaran de esta manera. Créeme que a mí también me contenta que las cosas pasaran como pasaron; aunque por supuesto que hubiese deseado que ella no tuviera ese accidente, pero si debía tener, prefiero que haya sido así para tener la oportunidad de ayudarla. ¿Se escuchó extraño?
- No, no. Entiendo bien lo que quisiste decir.
- Qué bueno. No me gustaría que pensaras que esto loco. –le dijo él sonriendo.
- Quizás solo un poco. –ella le devolvió la sonrisa.

Ambos regresaron a la habitación con Mila, llevaron consigo ambas pizzas y todo lo necesario para comer. Durante algún rato estuvieron conversando de variedad de cosas, de anécdotas del accidente y del tratamiento que ella debía seguir. Horas después, Alexander se dio cuenta que debía retirarse, aunque tenía el deseo de seguir junto a Mila; sabía que lo apropiado era irse, no quería asustarla ni presionarla de algún modo con la insistencia de su presencia.

- Bueno chicas, yo debo retirarme. –les anunció Alexander.
- Sí, descuidaste todo para estar aquí. –dijo Mila.
- No se trata de eso, creo que ya debes estar aburrida de mí.
- No, para nada.
- Bueno... No olvides tomar tus medicamentos y no te esfuerces mucho. Me gustaría poder verte pronto. Si no te incomoda claro está.
- Puedes venir cuando quieras. –le dijo Mila.
- Pues, podría venir mañana.
- Claro, me gustaría.
- Está bien. Toma. –le extendió la mano con las llaves del departamento.
- No, quédatelas por ahora. Avísame cuando vengas así no me encontrarás hecha un desastre, pero así puedes abrir tú. Seguramente si debo abrirte yo, tendrías que esperar un buen tiempo en la puerta.
- Está bien. Patricia ha sido un placer conocerte. –manifestó Alexander.
- Igualmente. Te acompaño hasta la puerta.
- No es necesario. Tengo las llaves. –él le guiñó el ojo.
- Vale.

Alexander se subió a su coche, cerró los ojos para tomar la fuerza necesaria para adquirir la voluntad para regresar a la soledad de su hogar. Abrió los ojos, vio las llaves de Mila y sonrió; pensó que aunque regresara a una casa vacía ya nada sería igual, ahora tenía alguien por quien velar. Se puso en marcha a su casa, durante el camino se dio cuenta lo cansado que estaba y que tenía más de veinticuatro horas sin asearse ni cambiarse; definitivamente la decisión correcta era retirarse.

Llegó y el silencio lo envolvió, pero al mismo tiempo no se dejó invadir por él; pues había muchos pensamientos en su mente que tomaban la dirección de su ánimo. Alexander colocó música al volumen necesario para que el sonido viajara por cada rincón de cada habitación de toda la casa. Abrió la ducha, comprobó su temperatura, se desvistió y entró al torrente tibio de agua.

Alexander dejó que el agua corriera por todo su cuerpo durante un rato. Luego con detalle enjabonó cada espacio de su piel. Cuando ya se sintió completamente limpio salió de la ducha, secó solo el excedente de agua y colocó la toalla alrededor de su cintura. Apagó la música, caminó hasta su cama, tomó el control de televisor y se recostó a ver televisión un rato, no porque tuviera ganas de ver algún programa sino porque deseaba relajarse un poco.

Paseo por casi todos los canales, sin encontrar nada que llamara su atención; así que se dio por vencido y dejó la programación de un canal cualquiera al azar. Cerró los ojos para asimilar un poco los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas; sin embargo, un cansancio poderoso se adueño de él y cayó en un sueño profundo en tan sólo un par de segundos.

Cuando él despertó, se sintió de nuevo desorientado pues ya estaba oscuro, aun tenía el televisor encendido y solo lo vestía una toalla. Buscó su móvil para ver qué hora era, las doce y catorce minutos de la noche, había dormido unas seis horas aproximadamente. Entonces notó que tenía un mensaje sin leer de nada más y nada menos que de Mila. Se apresuró en abrirlo para poder leerlo.

- Hola Alex. ¿Qué tal?, quería agradecerte de nuevo todo lo que hiciste por mí. Aun me parece algo insólito que nos hayamos encontrado de nuevo de esta manera tan inusual.

Él sonrió ante el mensaje, buscó la hora de entrada del mismo; siete y treinta y tres de la tarde. Entonces sintió un vacío en el estómago, seguramente ella habría pensado que no había querido contestarle y que la había ignorado; entonces quiso escribirle pero pensó que era muy tarde, que debía estar dormida y que probablemente importunaría su descanso. Por lo tanto, no sabía qué hacer. Por varios minutos, se quedó pensando; decidió arriesgarse y escribirle.

- Hola Mila. Disculpa la tardanza de la respuesta. Si te soy sincero, apenas toqué mi almohada con la cabeza para descansar un poco, quedé completamente inconsciente. Te repito que no tienes nada que agradecerme. Pienso que es lo que tenía que hacer. Pero en algo si te secundo, es casi insólito que nos hayamos encontrado de nuevo y justamente así. Supongo que hay un mensaje detrás de todo esto. –le envió él, después de revisar y editar el mensaje por lo menos una docena de veces.

Se levantó de la cama, buscó entre su ropa algo cómodo y abrigado para vestirse; pero no podía dejar de lamentarse por no haber escuchado el mensaje. Tomó su móvil, para no correr el riesgo de volver a dejar esperando a Mila; lo llevó consigo a la cocina, se haría un sándwich pues tenía hambre. Una de las cosas que más le gustaba de no estar con Juliana era que podía hacer lo que quisiera, pues nada de aquello sería posible con ella en su vida; no hubiese podido auxiliar a Mila, y ni siquiera habría podido hacer un sándwich a esa hora de la noche. Estaba aliviado de no estar con ella.

Se preguntaba cómo sería vivir con Mila, si ella sería tan estricta como su ex o sería más relajada. Estaba seguro de que no cabía comparación entre ellas, Juliana no tenía igual; y no lo pensaba de la mejor manera. En cambio Mila tenía una sonrisa contagiosa, hasta que en el peor de sus momentos.

Definitivamente no quería dejar pasar la oportunidad de compartir con ella, así fuera sólo como amigo; aunque sabía que ese no era su deseo real y esperaba que fuera mucho más que eso.

- Entiendo. Debes estar cansado, supongo que anoche no pudiste dormir mucho. Eso me da muchas más razones para agradecerte. En fin, te dejaré descansar. Feliz noche. –le respondió ella.
- Ahora no tengo sueño en realidad. Tenía más bien hambre pero es algo que ya estoy resolviendo. Lo importante de verdad aquí es que tú no estás durmiendo, cosa que deberías estar haciendo.
- Bueno... no puedo dormir, tengo muchas cosas en la mente. –le contó ella.
- ¿Se puede saber qué cosas? –le preguntó Alexander.
- Pues me preocupa el negocio, nunca lo he dejado por tantos días. Y también pienso en otras cosas, por ejemplo estuve recordando cuando nos conocimos tú y yo y todas las cosas hermosas que vivimos. –Alexander se estremeció al leer ese mensaje.
- Yo también he estado pensando en lo mismo y tratando de deducir qué habría sido de nuestras vidas si tu padre no nos hubiera separado.
- Quizás esta sea nuestra oportunidad de saber eso.

6

Aquella noche, conversaron durante horas a través de los mensajes de texto. Recordaban sus aventuras de la juventud y terminaron la conversación, confesando que habían sufrido mucho por la separación que habían tenido. Ella le confesó que nunca pudo perdonar a su padre por alejarla de él y mucho menos cuando su madre murió mientras ella se encontraba lejos, así

que no había tenido la oportunidad de despedirse de ella. Todo aquello la llenaba de resentimiento en contra de su padre.

Terminaron la conversación cuando Alexander insistió en que ella debía descansar y aunque no era su voluntad, sabía que él tenía razón así que se tomó los medicamentos correspondientes y dejó el móvil; eran ya casi las cuatro de la madrugada. Alexander hizo lo mismo, intentó conciliar el sueño, aunque no tenía importancia pues al siguiente día no tendría que trabajar por ser fin de semana; su único plan era visitar a sus padres e intentar hacer que Juliana lo dejara ver a su hijo.

Pero no quería pensar en Juliana pues justo en ese momento, en esa madrugada cuando había hablado tanto con Mila, se sentía distinto. Por primera vez en mucho tiempo, sabía lo que significaba sentirse ilusionado y todo gracias a ella, su primer y único verdadero amor en la vida. Cerró los ojos y trató de recordar cómo se sentían los labios de ella en los suyos, entonces recordó algo mucho más intenso.

Fue durante un día sábado, cuando ella le anunció que sus padres estarían de viaje y entonces él podría conocer su departamento por dentro. Nunca había estado en él pues sabía que el padre de ella no permitiría que él entrara. Así que aquella era su mejor oportunidad para saber cómo vivía su novia. Se encontraron por la entrada trasera del edificio donde ella vivía y entraron a tientas para que el vigilante del edificio no los viera entrar porque de ser así, su padre no se tardaría más que uno segundos en enterarse del acontecimiento.

- Ven. Por aquí. –le indicó ella en voz baja para que él la siguiera al interior del edificio.

Subieron juntos por las escaleras, pues casi nadie las usaba. Después de siete pisos, por fin llegaron a la entrada del departamento. La juventud los

favorecía así que ninguno se sentía agotado por el ejercicio. Ella sacó un manojito de llaves y abrió por fin la puerta para que Alexander entrara. Él observó el lugar, maravillado; no por los lujos que pudiera encontrar allí, sino porque era un lugar que había imaginado mil veces pero que nunca había podido ver. Ese era el lugar donde ella estaba, lo cual era sumamente importante para él.

- Tú departamento es muy lindo, Me gusta.
- Gracias. Siéntate. ¿Quieres jugo? –le preguntó ella.
- Sí, claro.
- Toma. –le entregó un vaso a Alexander.
- Gracias.
- Mis padres regresan mañana. Estaban un poco nerviosos al irse pero yo ya estoy grande como para tener cuidadores.
- Me imagino. Debe ser maravilloso tener la casa para ti sola. Yo tengo dos hermanos mayores, es imposible tener la casa para mí solo alguna vez. –le contó él.
- ¿Y qué te gustaría hacer? –le preguntó ella.
- No sé. ¿escuchamos música?
- Está bien. –ella buscó entre algunos cds que tenían cerca del reproductor.
- Coloca algo que siempre escuches.
- Eso haré.

Pasaron algún tiempo oyendo música y Mila le explicaba lo mucho que le gustaba ese grupo y el por qué. Él la escuchaba con atención, encantado de poder estar a solas con ella como siempre había deseado. Sin darse cuenta ya no hablaban sino que comenzaron a besarse tiernamente. Entonces, Mila lo alejó repentinamente y Alexander sintió que ella estaba pensando algo.

- No sabes cuánto me gustas Mila. Yo siempre voy a estar para ti. –le dijo, tratando de despejar cualquier duda que estuviera intentando apoderarse de la mente de ella.
- Ven para que conozcas mi habitación. –le dijo ella, levantándose del sofá.

Alexander la siguió por un pasillo ancho, después de algunos metros ella se paró frente a una puerta y la abrió; indicándole que podía entrar. Era la habitación de ella obviamente. Tenía mucho afiches en las paredes, de los grupos que a ella le gustaban; todos eran de pop o rock alternativo. Él se detuvo a observar las imágenes en las paredes y ella no le dijo nada. Luego la buscó con la mirada y la encontró sentada en el borde de su cama; él se sentó a su lado.

- ¿De verdad siempre vas a estar para mí? –le preguntó ella.
- Claro que sí. Sabes lo que siento por ti. –le respondió él, tomando su mano.
- Tú también me gustas mucho. –le dijo ella.

De nuevo, comenzaron a besarse; primero con lentitud y delicadeza, luego con mucha más energía. Entonces, él sintió la mano de ella en su pecho, empujándolo levemente para hacer que se acostara en la cama. Él se dejó llevar y cuando estuvo completamente acostado, ella se subió sobre él y colocó una pierna en cada extremo del cuerpo de él; por lo que podía sentir que ella lo abrazaba entre sus piernas. Aquello le provocó a Alexander la erección más potente que haya sentido.

Entonces, continuaron besándose. Él la tomaba por la cintura mientras que ella estaba aferrada al cuello de él. Hasta que ella tomó las manos de él y las guió un poco más abajo. Aquello fue una obvia invitación a atreverse un poco más y Alexander no la desaprovechó. La apretó entre sus manos y

comenzó a mover las caderas de ellas en roce con la erección que él tenía. Ella no lo detuvo, contrariamente era bastante obvio que lo estaba disfrutando mucho.

Ella se desprendió de los labios de él por un momento y alzó su rostro en signo de disfrute de lo que sucedía más abajo entre ellos. Alexander recorrió su mirada por las partes del cuerpo que podía ver de ella: su cuello y un hermoso escote que dejaba ver dos senos hermosos intentando escapar de la ropa. Él deseaba con todas las fuerzas de su cuerpo poder verlos y besarlos profundamente. Así que sin pensarlo dos veces, dirigió su boca a la parte de los senos de Mila que se asomaba por encima de su camisa.

Él quitó sus manos para poder desabotonar la camisa de ella y aunque él ya no la guiaba, ella no dejó de mover sus caderas sobre él. En pocos segundos, él liberó completamente los senos de ella y los tomó en sus manos para colocarlos directamente en su boca. Ella gemía y se retorció de placer. El deseo los obligó a desnudarse completamente.

Ella se sorprendió mucho al ver la erección que él tenía, nunca antes había estado en presencia de algo así. Como él tampoco había estado nunca antes con una mujer desnuda en sus brazos. Ambos sabía perfectamente lo que estaba sucediendo y lo que estaba por suceder, pero ninguno de los dos tenían intenciones de detenerse; sin embargo, sabían que debía protegerse para evitar futuros traumas.

Alexander buscó el preservativo que había tenido guardado en su bolsillo desde que en el instituto le había explicado los riesgos de tener sexo sin protección; le preguntó a Mila si estaba segura de que quería continuar y ella respondió que estaba completamente segura, sin si quiera dudarle un segundo. Así que él estaba convencido de que aquello iba a pasar en ese mismo instante.

Seguidamente, los dos se entregaron uno al otro como nunca antes lo habían hecho con nadie. Fue la primera experiencia sexual de los dos, y había sido maravilloso y placentero en extremo. Cuando por fin se detuvieron, lo único que se preguntaban era cómo podrían ahora controlar tanto deseo que sentían uno por el otro. Se quedaron desnudos y abrazados por largo rato, hasta que Alexander tuvo que irse porque sus padres lo estaban esperando en casa para la cena.

Él sintió que no se fue caminando hasta su casa, sino que se fue levitando suavemente en una alfombra de terciopelo mágica. Durante la cena, no dijo ni una sola palabra, lo único que podía hacer era pensar en el maravilloso momento que había compartido con Mila. En ese instante se sintió enteramente de ella y tuvo la sensación de que ella también era enteramente de él; y aquella certeza era lo más hermoso que él había sentido.

Después de aquella ocasión, pocas fueron las veces que tuvieron la oportunidad de repetir el acto amoroso, quizás solo lograron luego unas dos o tres veces más. Sin embargo, no perdían ni un solo momento para besarse y acariciarse hasta que la circunstancia se los permitieran. De esta manera fue que el vigilante del edificio dónde ella vivía, los había sorprendido tantas veces entre amoríos.

Ahora, en la cama sin poder dormir, Alexander recordaba aquellos besos apasionados que ambos compartían y no podía evitar sentir cómo una erección crecía en su ropa interior. Pensó que lo mejor sería dirigir sus pensamientos hacia otras fronteras, pues no quería acumular tanto deseo por ella que fuera imposible controlarse cuando pudiera volver a verla. Así que volvió a la cocina para prepararse un té que lo relajara un poco y quizás le permitiera alcanzar el sueño.

Después de una taza de té, muchos pensamientos y vueltas incontables

en la cama; Alexander logró encontrar un poco de descanso. No sintió frío, ni tuvo ningún sueño aquella madrugada, por lo menos que él pueda recordar. Sin embargo, cuando se despertó tenía una incesante sensación de que las cosas estaban cambiando, que todo estaba mejorando para él, que era muy posible aunque parecía improbable, que el destino estuviera dándole una nueva oportunidad para amar, seguramente la última.

Por la ventana de su habitación se colaba unos cuantos rayos de sol, lo que le hizo pensar que ya estaba un poco avanzada la mañana. Tomó su móvil y lo constató, ya eran casi las diez de la mañana; revisó y no tenía ningún mensaje de Mila. No quiso esperar que ella le escribiera, lo haría él; pues bastaba de aguardar a que las cosas sucedieran, él mismo haría que pasara lo que él deseaba.

- Hola, buenos días Mila. ¿Cómo te sientes? –le escribió.

- Hola, Alex. Me siento un poco menos adolorida que ayer; creo que los medicamentos están teniendo éxito.
- Eso me contenta mucho. ¿Anoche pudiste descansar?
- Sí, me desperté hace algunos minutos. –le contó ella.
- Yo también. ¿Necesitas que te lleve algo?
- No te preocupes, en unos minutos me propongo levantarme para hacerme el desayuno.
- No es necesario. Yo puedo llevarte algo o si prefieres voy cocino algo; aunque no te lo recomiendo. Yo me como mi comida porque no tengo otra opción. –se ofreció él.
- Ya has hecho demasiado, no es necesario.
- Voy para allá. Espérame. Por lo menos déjame ayudarte.
- ¿No tienes ningún plan hoy? –le preguntó ella.
- Nada urgente. En unos minutos estoy contigo.

Alexander sólo se dio un rápido baño con agua fría y salió directo al departamento de Mila. Si bien era cierto que deseaba ayudarla, lo que más deseaba era pasar la mayor cantidad de tiempo posible con ella. Le encantaba la idea de hablarle, de escucharla, de reír con ella, de serle útil y más que nada de sentir su cercanía. En muy pocos minutos, Alexander ya estaba en las inmediaciones del edificio donde residía Mila, ya conocía el camino así que no se tardaba por la falta de orientación.

- Hola. –dijo Alexander al ingresar en el departamento para anunciar su llegada, pues había abierto la puerta con la llave que Mila le había prestado.
- Estoy en la habitación. –le dijo ella en voz alta.
- ¿Necesitas ayuda? –le preguntó él.
- No, sólo debes ser un poco paciente. Ya casi llego.
- Está bien.

Alexander dejó las llaves en la mesa del comedor y le echó un vistazo más profundo a la cocina. Había un aparato que llamaba mucho su atención. Él suponía que era una máquina de hacer café, pero era bastante compleja; nunca antes había visto alguna así en una casa. Se parecía más a algo que habría en una cafetería grande. Luego recordó que Mila le había contado que estudió todo lo referente al café, así que era coherente que tuviera algo así en su cocina.

- Buenos días. –le dijo ella reuniéndose con él.
- Hola. ¿Qué tal?, Qué bueno verte de pie.
- Pues me duele un poco pero puedo caminar, si voy despacio. No estoy acostumbrada a estar tanto tiempo acostada, me produce un gran fastidio.
- Te comprendo muy bien. sería intolerable para mí.
- Pues bien, ¿desayunaste? –le preguntó ella.
- No.
- Excelente. Vamos a hacer primero par de espressos y después veremos qué comer. –le anunció ella, acercándose con delicadeza a la máquina.
- Es una máquina hermosa. –le dijo él.
- Sí, lo sé. Es hermosa. –le dijo con un brillo en la mirada.
- Me parece curioso que sea para tu uso personal.
- Pues es que soy amante del buen café, no soportaría tomar un mal café antes de salir de casa. Ella es mi bebé. –ella sonrió y él también.

Alexander observaba el ritual que ella hacía para preparar los espressos. Se le notaba que era una experta en el asunto y que tenía un sistema muy bien elaborado. El primer espresso estuvo listo y se lo sirvió a él; siguió viéndola y le pareció que era una repetición exacta de lo que había

hecho con la primera taza. Aquello le recordaba a cómo las máquinas de su ensambladora trabajaban.

- Espresso doble. ¡Salud! –le dijo ella levantando su taza blanca.
- ¡Salud! –repitió Alexander.
- ¿Qué tal? –le preguntó ella.
- Delicioso, de verdad. –le dijo él sorprendido.
- Lo es. Este grano es traído de las mejores cafetaleras de Brasil. Tiene cierto sabor residual a chocolate que me encanta. ¿Lo sientes?
- La verdad, no; pero te creo. Suenas muy conoedora.
- Jajaja intenta sentirlo. –le pidió ella entre risas.
- Está bien.
- Mantenlo en tu boca. Intenta sentir el sabor con detalle.
- Creo que sí. Un sabor un poco más dulce de lo habitual.
- Bueno, más o menos. –ella le sonrió.

Después de terminar con el espresso, Mila comenzó a cocinar; Alexander quiso ayudarla pero sentía que la entorpecía más de lo que podía ayudarla, pues sus dotes culinarias eran sencillamente nulas. Así que se limitó a pasarle algún instrumento o ingrediente que necesitara, y a acompañarla mientras ella desplegaba sus conocimientos gastronómicos.

- ¿También cocinas? –le preguntó él al notarla tan diestra.
- Sé cocinar, pero no es mi especialidad ni mi pasión real.
- Entiendo, pero lo haces mucho mejor que yo. –apuntó él.
- Seguramente yo no podría ni desatornillar la tuerca de un coche. Así que estamos a mano.
- Supongo que sí. –le dijo él riendo.
- Es cuestión de práctica.
- ¿Qué es lo que más te gusta del café?

- Es difícil decir, primero que nada creo que es la versatilidad y la cultura que significa. Hay tantas maneras y tantas posibilidades, que me parece verdaderamente fascinante. Se puede experimentar e inventar.
- Suena interesante. –apuntó él.
- Lo es. Hay una historia que me parece fascinante. Primero que nada, tienes que saber que el café tuvo un desarrollo importante en sus inicios en Turquía, entonces es un elemento muy importante en su cultura. Así que cuando un hombre está interesado románticamente en una mujer, la visita en la casa familiar, manifestando sus intenciones matrimoniales. La mujer le da su respuesta a través del café que debe ofrecerle. Si el café contiene azúcar la respuesta es afirmativa; pero si por el contrario, el café tiene sal la respuesta es negativa. Pero el asunto no ha terminado allí. Si el caballero se bebe todo el café, a pesar del mal sabor; entonces, él estaría insistiendo en el compromiso y demostrándole a la mujer que está dispuesto a todo por ella.
- Eso es verdaderamente interesante. No tenía ni idea. –le dijo él visiblemente sorprendido e interesado.
- Esas son cosas que me encantan. Me fascina descubrir historias y formas novedosas de tomarlo.
- ¿De dónde salió tu pasión por el café? –le preguntó él.
- Pues bien, mi padre me quería obligar a estudiar leyes en la universidad y yo no quería, así que me revelé en su contra y él me quitó el sustento; así que tuve que buscar trabajo. En el único lugar que encontré fue en una cafetería. Comencé lavando la vajilla, pero allí comencé a sentir interés por el café. Como la dueña lo notó, me dijo la oportunidad de prepararme y aprendí también de los baristas

que allí trabajaban. Cuando mi madre murió, me heredó un poco de dinero; así que lo invertí en una cafetería y en mi educación. No fue mal. Ya tengo varias sucursales. –le contó ella, con cierta nostalgia al mencionar a su madre.

- Te felicito, de verdad. Has podido tener éxito sola. Es admirable. –le dijo con voz suave.

- Mi madre también tuvo algo que ver, sin saberlo me aportó el capital.

- Pero tú hiciste la mayor parte.

- Gracias. –ella se sonrojó un poco.

Mila sirvió el desayuno, y junto con él, dos tasas del cappuccino especial que ella preparaba; cuyo ingrediente secreto no le quiso revelar a Alexander. Sin embargo, él tuvo que reconocer que estaba delicioso, al igual que todo el desayuno. No pudo evitar sentirse un poco más encantado por la amabilidad y destreza que ella demostraba en lo que hacía. Él deseó poder agradecerla tanto como ella lo hacía con él.

- Te preguntaría si deseas hacer algo más tarde pero creo que no querrás salir con el dolor que tienes, o quizás no deberías. –le dijo él aun sentado a la mesa.

- No digas eso. De verdad quiero salir. Siento que llevo una eternidad encerrada. –le dijo ella casi como un ruego.

- ¿Adónde te gustaría ir?

- Me encantaría ir al cine.

- ¿Te gusta? –le preguntó él.

- Sí, me encanta.

- A mí también pero casi nunca voy. –le confesó Alexander.

- Porque no he tenido con quien ir.

- Puedes ir conmigo cuando gustes, por ejemplo esta tarde. –le

sugirió ella con mirada traviesa.

- Me parece buena idea, pero tenemos que ser cuidadosos. ¿Está bien?
- Claro que sí. –ella se comprometió.
- Bien, iré a almorzar con mis padres, compraré las entradas y te aviso la hora para pasar por ti, ¿te parece?
- Sí, perfecto.

Alexander se despidió de Mila con un beso en la mejilla y se fue a visitar a sus padres como era usual en días como aquel. Se reunió con sus padres, ellos hablaban de diferentes temas y él solo asentaba, como si estuviera prestando atención pero la verdad era que estaba pensando en Mila, en las cosas que le había contado durante el desayuno y más que nada pensaba en su sonrisa, sus ojos y el tono de su voz.

- Hijo, ¿qué tienes?, ¿es por Daniel?, ¿por Juliana?, ¿algo anda mal? –le preguntó su madre preocupada cuando estuvo a solas con él, al notarlo tan ausente.
- ¿Por qué crees que me pasa algo mamá?
- Es que es como si no estuvieras aquí.
- Discúlpame, no se trata de eso. Es que me encontré con alguien muy importante para mí hace días y no paro de pensar en ella. –le confesó él, pues le tenía gran confianza a su madre.
- ¿Y quién es esa persona?
- ¿Recuerdas a Mila? –le preguntó él.
- ¿Mila? –preguntó ella tratando de encontrar algún recuerdo en su mente.
- Sí.
- Creo que no hijo.
- ¿Te acuerdas de mí accidente con la puerta de vidrio? –le

preguntó él en voz baja.

- Sí, no me digas que es esa chica con la que estabas aquella tarde.
- Ella misma.
- ¡Alex! El padre de esa mujer es un energúmeno. –le advirtió ella.
- Lo sé pero ya no somos adolescentes mamá, él no puede impedirme que la vea.
- Serán muy adultos ustedes pero seguro que ese señor sigue siendo el padre de esa joven y que sigue teniendo el mismo carácter, o quizás mucho peor.
- Ni siquiera se hablan mamá. Por ese mismo carácter que tiene. – le contó él.
- Eso es lamentable. Los padres por más errores que cometamos siempre lo que queremos es lo mejor para nuestros hijos.

Alexander pasó un rato conversando con su madre acerca de Mila y de lo que sentía; entonces, recordó que aquella tarde irían juntos al cine a petición expresa de ella, así que se apartó un poco para comprar las entradas a través del sitio web del cine; cuando las tuvo adquiridas, decidió escribirle para confirmar su salida.

- La película es a las cuatro y media de la tarde. Paso por ti a las tres y treinta. –le escribió.
- Entendido. –le respondió ella enseguida.

Cuando Alexander llegó frente a la puerta del departamento de Mila, se dio cuenta que había dejado las llaves en la mesa del comedor. Así que tocó la puerta, entonces escuchó su voz lejana que le decía que ya iba a abrirle,

que la esperar un poco. Él aprovechó los segundos de más para respirar profundo y peinarse un poco el cabello con las manos.

- Ya estoy lista. –le dijo ella abriendo la puerta con una gran sonrisa.
- ¿Estás cómoda? –le preguntó él.
- Sí, sí. Solo debo caminar con cuidado para no sentir ninguna incomodidad, de resto todo está perfectamente bien.
- Vale. Entonces vámonos. –le dijo él.
- Al fin. –dijo ella.
- ¿Siempre andas en motocicleta? –le preguntó él cuando ya estaban en el coche camino al cine.
- No. En realidad ando poco en motocicleta, normalmente me traslado en mi coche, aquella tarde salí con la moto porque tenía muchos días que no andaba en ella y me apeteció.
- Entiendo. ¿Sientes temor de volver a montarte en ella?
- No, para nada. Ahora no porque no estoy en condiciones pero no fue un asunto de mal manejo, fue algo fortuito, que escapa de las manos de cualquiera. Quizás era el destino que ese niño se me cruzara y quizás con el carro no habría podido evitar el accidente. – dilucidó ella.
- Lo único que le agradezco a ese accidente es que me permitió reencontrarme contigo. –le soltó él, sin mirarla y sin pestañar.
- Yo también lo agradezco. –dijo ella.

Durante un rato, no dijeron más. Luego estuvieron conversando de banalidades, era obvio que era un poco difícil para ellos procesar lo que estaban sintiendo y que se sentía en el aire. Llegaron al cine, Alexander se bajó rápidamente del coche y ayudó a Mila a bajar de él. Caminaron despacio hasta las instalaciones y se pararon frente a la tienda de golosinas para decidir

que comprar.

- ¿Qué te gustaría? –le preguntó Alexander.
- Me gustan las palomitas, ¿quieres?
- Sí, ¿quieres gaseosa?
- También.
- Bien, te voy a acompañar a aquella silla que está allá mientras yo hago la fila para comprar. –le indicó él.
- Pero no es necesario, me siento bien.
- Debes tomarlo con calma. Así que vamos, por favor.
- Eres un mandón. Está bien. –le dijo ella riendo.

Al llegar a la caja, Alexander pidió su orden que además incluía gran cantidad de chocolates, pues a él le encantaban y no estaba seguro cual sería de la preferencia de Mila; pidió una que traía café pues estaba seguro que esa sería de su agrado. Regresó con ella y se fueron juntos a la sala, él no aceptó que lo ayudara a llevar las cosas pues no quería que ella corriera ningún tipo de riesgo.

Ambos disfrutaron mucho de la película. Habían pasado un rato muy agradable. Al salir del cine, Mila le propuso a Alexander que fuera a una de sus cafeterías. Él al principio estuvo renuente porque le pareció que significaba que eso le produciría cierto estrés, pero ella le aseguró que solo se trataba de que quería que él la conociera, así que estuvo de acuerdo; más que nada porque de esa manera él podría pasar un poco más de tiempo en su compañía.

- ¡Mila! ¿Cómo estás? –se acercó a saludarla una de las trabajadoras del lugar a penas la vio ingresar.
- Estoy mucho mejor.

Varias personas se acercaron a ella con preocupación y ella les aseguró

que pronto estaría de regreso; así que por los momentos, su socia se encargaría de todo lo necesario. Todos lucieron aliviados de verla en pie. Ella les pidió que solo los atendiera como a un par de clientes más y así fue. Mila ordenó un macacino con cheese cake mientras que Alexander se decidió por un latte vainilla solamente.

- Mila, ¿por qué elegiste a Patricia como tu socia? –le preguntó Alexander.
- La conocí hace varios años, cuando trabajaba de barista en la cafetería que te conté en la mañana. Ella iba para allá todos los días, ella estudiaba pastelería en aquel tiempo. Le encantaba el café que yo hacía, así que siempre pedía que fuera yo la que atendiera su orden y yo lo hacía de buen agrado. Cuando se enteró que yo abriría una cafetería me buscó y me propuso que lo hiciéramos juntas, que ella se encargaría de los dulces; me pareció que era una buena idea así que acepté. Nos hicimos muy amigas con el tiempo.
- Me parece que es una gran persona y una amiga incondicional.
- Lo es. Me ha apoyado mucho en todo, tanto profesional como personalmente. Tengo muchas cosas que agradecerle.
- ¿Recuerdas a Darío? –le preguntó él.
- ¿Tu amigo de cuando éramos adolescentes?
- Sí, aun somos amigos.
- ¿De verdad? No lo puedo creer. Hace tanto tiempo. Eso es incondicionalidad.
- Sí, es cierto. Ha sido un extraordinario amigo y también me ha ayudado en muchos momentos de mi vida. –le contó él.
- Los amigos de verdad son un tesoro.
- Estoy totalmente de acuerdo.

Al terminar en la cafetería, emprendieron su camino hacia el

departamento de Mila. Alexander consideraba que había sido suficiente y que era hora de que reposara; ella no estuvo de acuerdo pero sabía que él tenía la razón así que no se negó. Él quería encontrar una excusa para quedarse más tiempo con ella, pero otra parte de él le decía que no debía atosigarla, que se hiciera extrañar y decidió hacerle caso a ese lado de él. Sin embargo, una idea muy loca se apoderó de su mente, quería besarla y lo haría; estaba decidido.

- Te ayudaré a llegar a tu departamento. –le dijo él al abrirle la puerta del coche.
- No tienes que molestarte.
- Ya te lo he dicho, no es una molestia. –le dijo con una sonrisa.

Mientras subían en el ascensor, Alexander pensaba en cómo besarla; comenzó a sudar, dudó por un momento y volvió a decidirse. Quería saber si ella estaba sintiendo lo mismo que él y sabía que esa era la mejor manera de tener la certeza. Lo malo era que corría el riesgo de que ella se apartara definitivamente de él, pero estaba convencido de que lo mejor era saber tempranamente si tenía oportunidad con ella. Caminaron uno al lado del otro en silencio hacia la puerta del departamento.

- De verdad muchas gracias por la película y el paseo. Me hacía mucha falta distraerme un poco. –le dijo ella una vez que estuvieron frente a su departamento.
- Más bien soy yo quien te debo agradecer por haberme honrado con tu compañía e incluso por haberte caído de la motocicleta frente a mí. –le dijo él mirándola a los ojos y acercándose para besarla.

Mila lo vio venir y entendió lo que estaba a punto de suceder, entonces ella disminuyó el espacio entre los dos para encontrarse con los labios de él. Ambos cerraron los ojos para poder experimentar mejor la sensación de sus labios acariciándose. Él la abrazó desde la cintura y ella se aferró al cuello de

él. Sus lenguas se reconocieron y no dudaron en entrelazarse. Fue un beso lento pero muy intenso, sus cuerpos estaban muy compenetrados.

Muy despacio comenzaron a separarse, los dos abrieron los ojos y se miraron sin decir nada. Ambos exhibían una sonrisa leve de alivio gracias a ese beso, al saber que no estaban solos en lo que les estaba pasando a cada uno de manera individual. Con la mirada se despidieron, Alexander dio dos pasos hacia atrás y luego se volteó para caminar rumbo al ascensor. Cuando entró en él, cerró los ojos, se mordió los labios sonrientes y celebró desde su corazón por su valentía y por ese magnífico beso.

- ¿Tenías que irte? –Alexander leyó el mensaje de Mila apenas entró a su casa, y su cuerpo se estremeció por completo.
- ¿Querías que me quedara? –le preguntó él.
- ¿No era obvio?
- No quise abusar de tu hospitalidad.
- Está bien. Creo que debemos hablar un poco. –le sugirió ella.
- De lo que quieras.
- Fue un beso estupendo. –él se sentía cada vez más emocionado con cada mensaje.
- Sí, fue estupendo.
- Y por más que me hubiese gustado que continuara, creo que debemos estar conscientes de ciertas cosas. Mi última relación fue muy difícil y aún siento temor de comprometerme con alguien más. Quizás me digas que eso no es lo que está pasando, pero creo que lo mejor es aclararlo. –le habló con gran sinceridad.
- No sé lo que está pasando pero sí sé que no es un juego y que definitivamente no quiero que sientas temor de comprometerte conmigo. Mi última relación también fue muy traumática y tengo miedos, pero estoy dispuesto a vencerlos por ti. –él intentó ser

sincero también.

- ¿Por qué por mí?

- ¿Quieres que te diga la pura verdad? –le preguntó él nervioso.

- Sí, claro que sí. Siempre.

- Desde hace mucho tiempo, no desde ahora; pienso que eres la única mujer que realmente amé. –Alexander se confesó.

- ¿Eso piensas?

- Sí.

- ¿Por qué? –ella indagó.

- Porque nunca más me volví a sentir como me sentí cuando estuve contigo.

- ¿Cómo? –ella siguió con sus preguntas.

- Realmente feliz, emocionado, ilusionado, deseoso por emprender una vida, convencido de que estaría para ti en todo y confiado de que tú sentías lo mismo por mí. –continuó él con sus confesiones.

- Creo que mejor habría sido que hubiésemos hablado de esto personalmente.

- Estoy de acuerdo, pero también te soy sincero en algo. No estoy seguro de poder hablar de esto contigo y controlarme. Siento que en pocos minutos estaría sobre ti y de verdad no quiero dañar las cosas. Sé que debemos ir con precaución para superar las dificultades que cada cual tiene por sus relaciones anteriores.

- ¿Cómo manejaremos esto entonces? –le preguntó ella.

- ¿Qué propones? –se arriesgó a preguntar él.

- Creo que debemos ir poco a poco. Estar juntos y esperar que nos sintamos preparados para comprometernos. Creo que debemos darnos tiempo.

- ¿Tiempo juntos? –preguntó él.
- Sí.
- Me gusta cómo suena. –le dijo él mientras sonreía.

Después de esa conversación textual pero muy sincera, en la que todo había quedado bastante claro entre ellos, Alexander y Mila eran cada vez más unidos. Se veían siempre que tenían la oportunidad de hacerlo, se besaban, hablaban constantemente, veían películas juntos en el sofá de Mila y eran detallistas entre sí. Mila le preparaba deliciosas comidas y Alexander le llevaba regalos y escuchaba sus historias con atención.

Después de dos semanas del accidente, Mila tomó la decisión de que ya se reincorporaría a su trabajo; sin embargo, Alexander fue muy insistente en que primero debían ir al médico para que le hicieran una revisión y él confirmara que ya podía comenzar a trabajar. Mila no estaba complacida con la imposición de Alexander pero accedió pues secretamente se sentía alagada de que él se preocupara tanto por ella. Entonces fueron juntos a la consulta médica.

- Pues Milagros, déjame decirte que estás muy bien. Tu recuperación ha sido verdaderamente exitosa. –le dijo el médico después de auscultarla con detalle.
- ¿Ya puedo trabajar? –le preguntó ella con emoción.
- Puedes comenzar a trabajar, pero tienes que tener cuidado con la intensidad. Te recomiendo que no pases mucho tiempo de pie, que descanses cada tanto, que no te excedas. Sobre todo no levantes cosas pesadas y si sientes alguna dolencia no dudes en consultarme. Nunca está de más. –le respondió él.
- Está bien doctor. Le prometo que eso haré.
- Doctor, ¿puede escribirnos esas recomendaciones? –le preguntó

Alexander.

- No será necesario. –le dijo ella.
- Mejor es que sí. –insistió él.
- Está bien. lo puedo escribir. –dijo el doctor sonriente.

De regreso al departamento, Mila estuvo más callada de lo usual. Alexander estar seguro de que el motivo era que le había pedido al doctor las indicaciones por escrito ya que significaba que él se las iba a recalcar. Así que no le preguntó pues probablemente le reclamaría su petición. Caminaron hasta el departamento, entraron y él seguía sin decirle nada, al igual que ella.

- ¿No me vas a preguntar qué me pasa? –le preguntó ella finalmente.
- Yo sé lo que te pasa.
- ¿Qué me pasa?
- Que no te gustó que le pidiera al doctor las indicaciones por escrito.
- ¿Y si sabías que no me iba a gustar por qué lo hiciste?
- Porque cuando quieras hacer las cosas que el doctor prohibió quiero tener el soporte para recordarte que no lo puedes hacer.
- Siento que me quieres controlar, Alex.
- No Mila. Te aseguro que no se trata de eso. Lo que de verdad yo quiero es que estés bien, que te recuperes y no tengas ninguna secuela. Eso es todo. Me preocupo por ti. -le dijo él mirándola a los ojos.
- Está bien.
- ¿Aún estás molesta?
- Un poco. -le dijo, encendiendo la máquina de espresso.
- No estés molesta conmigo. Yo lo que más deseo es que te sientas perfectamente bien. Es lo que más me ocupa en este

momento. -la abrazó.

- Lo sé. Es que ya estoy harta del encierro. Siento que tengo tantas cosas pendientes que no he atendido.

- Ya pronto esto pasará y todo volverá a ser como antes. Bueno... no como antes, porque ahora estoy yo contigo. –le dijo él cerca de la boca.

- Sí, es verdad. Es lo único bueno que me ha pasado últimamente. –le dijo ella y lo besó.

Hasta ese día, había tratado de mantener las cosas sin demasiada intimidad, ya que quería hacer las cosas lo mejor posible. Pero aquella tarde, la necesidad de sentirse mutuamente los alcanzó y ya no pudieron escaparse más. Una vez que comenzaron a besarse ya no pudieron parar. Alexander comenzó a besar el cuello de Mila y ella no contuvo el deseo de desabotonarle la camisa a él para poder sentir directamente el calor de su piel.

Él solo necesitó que ella diera ese primer paso para emprender el resto del camino que los llevaría a la desnudez completa. Entonces, una vez que estuvieron ambos despojados de la ropa, acariciaron con detalle y delicadeza. No dejaron espacio de sus cuerpos sin recorrer con sus manos y con sus bocas. Alexander satisfizo su deseo de volver a besar con detenimiento los senos Mila, mientras que ella satisfizo su de volver a recorrer la espalda de él que tanto le gustaba.

Cuando ya el deseo y la excitación llegaron al nivel más alto, Alexander se recostó sobre Mila y se empujó en su interior. Ambos gimieron de placer y balancearon sus caderas con energía para ampliar las sensaciones que surgían de su interior. A él le hipnotizaba la manera cómo ella contorsionaba su cuerpo por el placer y a ella la enloquecía la manera cómo él la poseía.

- Durante mucho tiempo he recreado en mi mente este momento y por fin te tengo en mis brazos. No puedo creer que esto sea realidad. –le dijo él al oído mientras seguía dentro de ella.
- Es la realidad, créelo. Y esta es la realidad que podemos vivir los dos juntos si eso quieres.
- Eso quiero, tú eres lo que yo necesito en mi vida.

Después que alcanzaron todo el placer que podían obtener, ambos se quedaron dormidos y exhaustos abrazados uno con el otro. Sin embargo, cuando Alexander abrió los ojos, todo estaba muy oscuro; buscó a su lado a Mila pero no la encontró, así que supuso que se había levantado por un momento. Él la esperó por algunos minutos pero como no regresaba a la cama decidió levantarse a buscarla.

La encontró en la cocina, frente a un vaso de leche tibia, de espaldas de donde él venía. La vio tomar dos sorbos de leche y observar el vaso como si intentara buscar alguna respuesta en ese recipiente. La notaba un poco sombría, algo que no se esperaba después de lo que acababa de ocurrir, pues por su parte él no cabía en su propio cuerpo de la felicidad que sentía.

- Mila, ¿está todo bien? –le preguntó acercándose.
- Sí, todo bien. ¿Qué haces levantado?
- No estabas en la cama así que vine a buscarte.
- Es que no podía dormir. –ella le dijo con la mirada desviada.
- ¿Segura? Siento que pasa algo más.
- No creo que sea el momento más oportuno para hablarlo.
- Por favor, puedes hablar conmigo lo que sea. –él se sentó frente a ella un poco nervioso por la actitud que ella tenía, sentía que quizás iba a decirle que se había enterado que aun no se había divorciado.

- Es que en mi vida, nada bueno me ha pasado que no haya estado seguido de algo terriblemente malo. Tú y yo tenemos algo verdaderamente hermoso. Tan hermosos que tengo miedo, siento que algo malo está a punto de ocurrir y eso me causa una terrible ansiedad. –le confesó ella.
- Oye, no te pongas así; te aseguro que te entiendo. Yo no quiero hacerte daño, yo quiero ser mejor para ti, quiero hacerte feliz de verdad.
- Lo sé, te creo. Sólo que es algo que siempre me ha sucedido. No puedo dejar atrás la sensación de que algo malo está por pasar.
- No digas eso.
- No lo quiero sentir, pero lo siento; por eso te lo digo. –le explicó ella.
- Está bien. Te prometo que yo mismo voy a lograr que esa sensación se vaya. –le dijo y le dio un breve beso en los labios.
- Está bien. –le dijo ella.
- ¿Quieres que me vaya o que me quede a dormir?
- Me encantaría que te quedaras. ¿Quieres quedarte? –le preguntó ella.
- Nada me gustaría más que quedarme a tu lado. –le dijo él con voz suave.

Mila terminó de tomarse la leche que le restaba en el vaso y se dirigió a su habitación, tomada de la mano de Alexander. Ellos se escondieron debajo de las sábanas y se abrazaron, para conciliar el sueño. En pocos minutos, ambos estuvieron dormidos. Y algunas horas después, Alexander se despertó de nuevo pero esta vez con Mila aferrada a sus brazos. Se sintió inmensamente afortunado de estar con ella. La observó dormir durante algunos minutos.

Cuando tuvo la impresión de que ella iba a despertar, él rápidamente cerró los ojos pues no quería que ella se diera cuenta que había estado observándola dormir durante algunos minutos, ya que seguramente le parecería algo extraño o se sentía incómoda. Entonces cuando él volvió a abrir los ojos, ella lo miraba con una leve pero excepcionalmente hermosa sonrisa.

- Buenos días. –le dijo ella al ver que le abría los ojos.
- Buenos días, hermosa.
- ¿Cómo dormiste? –le preguntó ella.
- Hacía tiempo que no dormía tan bien.
- Eso me alegra mucho. –ella le dio un pequeño beso en los labios.
- ¿Qué tal dormiste tú? –le preguntó ahora él.
- Dormí excelente, a pesar de tus ronquidos.
- ¿Cuáles ronquidos? –le preguntó él sorprendido.
- Jajaja sólo bromeaba. Voy a hacer café. –le anunció ella al mismo tiempo que se levantaba de la cama y le guiñaba el ojo.

Él se quedó por un rato más en la cama, pensando en lo afortunado que era de estar con ella. Sin embargo, la felicidad que sentía tenía una sombra, él no podía ser completamente feliz en los brazos de Mila hasta que no estuviera oficialmente divorciado de Juliana. Entonces un escalofrío recorrió su cuerpo y una idea llegó a su mente. Si Mila se enterara de que aun no había firmado el divorcio con su ex, seguramente se molestaría mucho; al punto de que podría acabar su relación.

Alexander decidió espantar esos pensamientos sombríos de su mente y se levantó de la cama para encontrar se con su novia en la cocina. Allí, como era usual hablaron de muchas cosas, bebieron café, desayunaron y volvieron

a beber café. Ella estaba especialmente enérgica porque aquella mañana retomaría su trabajo y estaba tan emocionada que le pidió a Alexander que estuviera un rato con ella en la cafetería, él aceptó para poder pasar más tiempo con ella y para disfrutar de la energía alegre que ella destilaba en ese momento.

- ¿Listo?, ¿Nos vamos? –le preguntó ella a él una vez que él se reunió con ella en la sala después de una reparadora ducha.
- Sí, vamos.
- Hoy nos vamos en mi coche y manejo yo. –le dijo ella mientras tomaba las llaves de su coche.
- Está bien. Como tú digas. –él le dio un beso en los labio y salieron.

8

- Buenos días, hermosa. ¿Cómo amaneces? Y estoy en la oficina. –le escribió Alexander a Mila.
- Buenos días, cariño. Amanecí muy bien, ¿y tú? Ya tengo un rato en la cafetería. –le respondió ella enseguida.
- Amanecí con ganas de despertar a tu lado, en realidad.
- Yo también, te lo aseguro; pero hay que ir poco a poco con esto.
- Sí, lo sé; pero no puedo evitar extrañarte. –le escribió él.
- Eso es bueno. Recuerda cómo se siente extrañarme para que no me vayas de dejar.
- Eso nunca, ya perdimos suficiente tiempo todos estos años. –le respondió él.
- Nos vemos luego cariño. Muchos besos.

Alexander estaba sentado en su oficina, a punto de comenzar su jornada laboral, leyendo de nuevo la conversación que acababa de tener con

Mila. Se sentía dichoso, ilusionado y con muchas esperanzas en el futuro. Aunque aun la sombra de temor por su situación con Juliana no se había esfumado, él intentaba ignorarla para no manchar la felicidad que tenían; pero sabía que era algo que tenía que enfrentar de manera inmediata u corría el riesgo de perder de manera definitiva a Mila, y eso era una idea insoportable para él.

- Buenos días señor. –le dijo Lourdes al entrar a la oficina de Alexander.
- Hola, Lourdes. Buenos días. ¿Cómo estás?
- Muy bien. ¿Puedo decirle algo? –le preguntó ella.
- Sí, claro. Dime.
- Está muy risueño, se le ve otro aire. No sé qué esté haciendo pero sígalo haciendo. Da gusto verle la sonrisa que ahora muestra. – le dijo ella con tono amable.
- Gracias Lourdes. –le dijo él con una sonrisa amplia.
- De nada. Ahora bien, a las once tiene una reunión con el departamento de publicidad y a las dos con el equipo de diseño. –le anunció.
- Excelente. Necesito un favor, Lourdes.
- Dígame.
- Llama a Darío y pregúntale si podemos reunirnos hoy.
- Sí, claro. ¿Algo más?
- Eso es todo, Lourdes. Muchas gracias. –le regaló otra sonrisa.

El día de Alexander transcurrió entre muchas ocupaciones, pero como era usual siempre encontraba un espacio para pensar en Mila, recordar sus besos y extrañar su presencia a su lado. Además, había otro pensamiento que lo rondaba de manera constante, su hijo. Había podido ver a Daniel algunas veces más después del accidente de Mila, pero todas muy poco tiempo; por lo

que, en vez de sentirse contento, siempre terminaba sintiéndose inmensamente nostálgico cuando debía despedirse de él.

Mila le había pedido conocer a su hijo y él le había dado algunas excusas pues aunque sabía que no tenía la mejor relación con su ex, le era difícil explicarle todo el panorama omitiendo la situación real en la que se encontraba con ella. Sin embargo, él de verdad quería que se conociera y que compartieran tiempo juntos; esa era una de las razones por la que quería reunirse con Darío, para encontrar una solución a las exageradas condiciones que le imponía Juliana para ver a su hijo.

La otra razón era, por supuesto, su deseo o más bien su imperiosa necesidad de finiquitar con el asunto de la firma del divorcio. No estaba seguro si después de firmarlo le contaría a Mila las condiciones reales con su ex, él quería hacerlo cuando ya estuviera solucionado pero tenía la sensación de que de todas maneras ella se molestaría mucho con él, ya que siempre le manifestaba lo importante que es para ella la sinceridad.

- Lourdes, ¿pudiste conversar con Darío? –le preguntó al regresar a la oficina después de su reunión con el equipo de diseño.
- Sí, dijo que podía después de las cinco de la tarde. Que le escribiera un mensaje para ponerse de acuerdo. –le informó ella.
- Entendido. Muchas gracias Lourdes.
- A la orden señor.

Él finiquitó algunos asuntos pendientes del trabajo y coordinó su reunión con Darío en la cafetería de Mila. Ella estaría trabajando algunas horas más así que podrían hablar de los asuntos legales que les competen y luego Alexander quería aprovechar para que pasaran un tiempo juntos, Darío le había insistido en que quería verlos juntos de nuevo. Le parecía totalmente increíble que se hayan encontrado y que hayan congeniado tan bien de nuevo,

como cuando eran adolescentes.

- Tío, nos vemos en la cafetería de Mila. Ya te envió la dirección. Estoy por salir hacia allá. –le escribió Alexander.
- Vale. Ya estoy desocupado. Nos vemos en un momento.

Antes de llegar a la cafetería, Alexander quiso pasar a comprarle algún obsequio a Mila. Sin embargo, ella no era del tipo de mujer que se deslumbraría demasiado por un ramo de flores, así que debía ingeniárselas de otra manera. Después de pensar un poco, decidió llevarle un tamper con un diseño especial. Estaba seguro de que le encantaría pues los coleccionaba. Él disfrutaba de sorprenderla y agradarla constantemente.

Alexander llegó primero a la cafetería que Darío. Al entrar, buscó con la mirada a Mila pero no la encontró. Ya todos los trabajadores del lugar lo conocían como el novio de la jefa, así que lo trataban de manera muy cortés. Una de las chicas lo atendió y le ofreció una de las mejores mesas, también le dijo que le anunciaría a Mila que él había llegado; entonces, el le agradeció con gran simpatía.

- Hola señor, ¿en qué le puedo servir? –le dijo Mila, después de unos minutos de espera, parándose frente a él como si fuera a tomarle una orden.
- Pues me encantaría dos besos, con mucha azúcar por favor; me gustan dulces. También voy a querer una hermosa barista para llevar. –le dijo Alexander con una sonrisa leve.
- Ah muy buenas decisiones. Enseguida se lo traigo. –Mila se inclinó a darle un beso a Alexander.
- ¿Cómo estás hermosa? –le preguntó él a la vez que ella se sentaba frente a él.
- Bien. Aún me quedan unas horas por acá. –le dijo ella un poco

apenada.

- Lo sé, no te preocupes. Quedé de verme con Darío acá para conversar un rato y te esperaré. Además, te traje algo. –le acercó una caja pequeña.
- ¿Qué es?
- Ábrelo y verás.
- ¡Es hermoso!, ¡qué bello!, gracias. –le dio otro beso de agradecimiento y estuvo detallando el dispositivo unos segundos.
- Pensé que te iba a gustar.
- Pues tenías toda la razón. Voy a prepararlo para usarlo ahora mismo. –le dijo levantándose, y además le guiñó un ojo.
- Nos vemos al rato.

Él miraba como ella se alejaba de él para regresar al trabajo y sentía que su corazón bailaba dentro de su pecho. Ella era todo lo que siempre había querido y ahora estaba allí, con él. Lo único que debía hacer era cuidarla y estaba dispuesto a hacerlo, como nunca antes estuvo dispuesto a nada en toda su vida. Sabía que de la mirada se le desbordaba el amor que sentía por ella y que todos a su alrededor podían verlo, y eso no lo avergonzaba, todo lo contrario; le hacía sentir orgullo de haber encontrado lo que muchos solo sueñan tener.

- Hey, tío. ¿Cómo estás? –Darío se reunió con él.
- Muy bien. ¿Cómo estás tú?
- Bien, todo muy bien. Oye, de verdad tienes algo distinto. Esa mujer sí que te ha mejorado la vida. –Darío le sonrió ampliamente.
- No tienes ni idea. Y por eso necesito hablar contigo de manera urgente.
- Acá estoy para ti. Te escucho.
- Mila no sabe que no me he terminado de divorciar. –le dijo en

voz baja.

- ¿Qué? No puede ser, ¿por qué? –le preguntó su amigo sorprendido.

- Porque me pareció que si se lo decía no iba a querer nada conmigo. Sé que cometí un error pero eso ya no lo puedo solucionar. Tengo que resolver esto inmediatamente. –le expresó de manera categórica a Darío.

- Ok, tenemos que acelerar esto Alex. ¿Qué piensas hacer? Sabes que ella no va a firmar nada si no cedes en todos los aspectos que ella ha dispuesto.

- Lo sé, por eso quiero que organices una reunión lo antes posible para firmar. Aceptaré todo lo que ella imponga. Ya nada me importa. Sólo quiero que nos divorciemos de una vez y por todas.

- Bien. Mañana a primera hora voy a llamar a Saúl para concretar lo antes posible.

- ¿Puedes llamarlo ya mismo? –le preguntó Alexander.

- Sí, claro. Lo llamaré ya mismo. Entiendo tu premura. –Darío se levantó para ir a un espacio de la cafetería donde hubiera la menor cantidad de ruido posible.

Alexander se quedó en la mesa solo, rogando para que todo saliera bien, mientras que Darío se comunicaba con el abogado de Juliana. Sentía que las manos le sudaban y que el corazón le pesaba en el pecho; estaba a punto de un ataque de ansiedad provocado por la premura de poder separarse de manera definitiva de Juliana. Se preguntaba en qué había estado pensando cuando decidió casarse con aquella mujer, definitivamente no lo comprendía a estas alturas.

- Listo. Ya hable con él. Nos reuniremos mañana en la tarde. Llevará el documento listo, si firman entonces todo habrá

terminado. No quedará más que introducir los documentos en el registro y quedarán oficialmente divorciados. –le anunció Darío.

- ¿De verdad? –le preguntó sorprendido Alexander.

- Sí, pero aún no podemos cantar victoria. Tienen que firmar. Sabes que no Juliana nunca se sabe qué pueda pasar.

- Está bien. Yo accederé a cualquier cosa tío. Ya no quiero continuar con esta situación. Ella lo que quiere es dinero y yo se lo daré.

- Entonces es posible que mañana mismo, seas un hombre divorciado. –le dijo sonriente.

- Eso es lo que más deseo. Y si fuera posible no verla más nunca, mi felicidad sería completa.

- Pero nunca dejará de ser la madre de tu hijo. –le recordó Darío.

- Lo sé.

- ¡Darío! ¿Cómo estás? –Mila los interrumpió para saludar a su viejo amigo.

- ¡Mila! Qué alegría verte. –él se levantó para abrazarla.

- Lo mismo digo.

- Oye, qué bueno que ya estés bien. Alex me mantuvo informado de tu condición. Además, no sabes cuánto me alegra de que ustedes se hayan reunido de nuevo.

- A mí también me alegra mucho. Les tengo una buena noticia, dentro de unos minutos podré irme. Así que espérenme aquí y planifiquen qué haremos. –les dijo ella con una amplia sonrisa.

Después de algunos minutos, Mila se reunió con ellos y decidieron que irían a la casa de Darío. Lo habían consultado por teléfono con Dayana y ella les propuso que cenaran en casa y prepararan algunos cocteles, así podrían pasar un rato agradable. Ellos estuvieron de acuerdo, así que antes de ir a la

casa, fueron a comprar algunas botellas de alcohol.

Llegaron a casa de Darío con dos botellas de ron, una de vermut y una de whiskey. Alexander no lo decía en voz alta, pero sentía que aquel día era el propicio para celebrar; estaba a punto de ser un hombre divorciado y por lo tanto libre para poder hacer su vida al lado de la mujer que amaba, Mila. Su ánimo estaba a niveles estratosféricos y lograba contagiar al resto del grupo.

- Daya, ella es Mila. Una amiga de la adolescencia. La mejor época de mi vida –le anunció Darío.
- Hola Mila. Mucho gusto. Bienvenida. –le dijo Dayana con mucha amabilidad.
- Gracias Dayana. Es un placer para mi conocerte y gracias por abrirnos las puertas de tu casa.
- Casi nunca tenemos visita, así que esto es una novedad muy agradable.
- Tienes una casa muy acogedora. –le apuntó Mila.
- Gracias. Siéntense por favor.

Dayana y Darío vivían juntos desde hacía apenas un año, así que todavía disfrutaban de las mieles de la novedad amorosa y del descubrimiento de la pareja. Se la llevaban muy bien hasta ahora. Antes de conocerla, Darío pensaba que iba a quedarse solo para toda la vida pues consideraba que no congeniaba con nadie por su personalidad. Era un hombre inusualmente ordenado, muy cuidadoso y planificado. Hasta el día que conoció a Dayana, nunca tuvo una relación demasiado seria.

Ellos se conocieron en por una afortunada casualidad laboral. Ambos era abogados civiles, una familia de bastante dinero los había contratado junto con otro par de abogados por el caso de una herencia que estaban disputando desde hacía algunos años. Compartieron muchas horas de

investigación y trabajo duro, por lo que se dieron cuenta que tenían métodos muy similares y formas de ver las cosas. Eso los hizo muy compatibles. Se admiraron mucho entre sí.

Sin darse cuenta, estaban completamente enamorados uno del otro sin atreverse a decir nada. Hasta que por un arrebato, en medio de la alegría por haber ganado el caso, Darío besó a Dayana y desde ese día no se habían vuelto a separar. No habían tenido ni una sola diferencia y tenían plena confianza uno en el otro. Eran una pareja sin duda muy unida y que despertaba mucha ternura en quienes los conocían.

Para todos estaba muy claro que debían casarse; sin embargo, debido al trabajo que hacían, los dos estaban renuentes a unirse en matrimonio. A través del tiempo habían fortalecido su creencia que el matrimonio sacaba la peor parte de cada ser humano, y ellos preferían mantener el equilibrio y cuidar por encima de todo el amor que se tenían. Incluso por encima de las convenciones de la sociedad.

A ninguna de las dos familias les gustaba mucho la idea de que ellos vivieran juntos sin contraer nupcias, ya que también tenían eso en común; venían del seno de dos familias muy convencionales. Pero ellos estaban decididos a llevar su vida en pareja como ellos consideraran que sería mejor y mucho más placentera. Suficientes divorcios habían lidiado como para entender que no necesitaban firmar un documento que dejara por escrito que ellos estaban juntos.

Después de varios martinis, tragos de whiskey y muchas anécdotas. Alexander y Mila se retiraron de la casa de sus amigos, agradeciendo su hospitalidad. En voz baja, Alexander y Darío acordaron verse al siguiente día a las dos de la tarde. Era un poco tarde y tanto Alexander como Mila estaban muy agotados por la dinámica del día, pero no perdieron la oportunidad de

hacer el amor apenas llegaron al departamento de ella. Incluso, venían besándose de manera apasionada desde el ascensor.

- ¿Me puedo quedar esta noche? –le preguntó Alexander a Mila.
- Sí. –le contestó ella con los ojos cerrados, acomodándose en su regazo.
- Te amo. –le dijo él, pensando que ya no lo escuchaba.
- Yo también te amo. –le contestó ella.

A la mañana siguiente, Alexander se despertó gracias al olor del café. No tuvo que abrir los ojos para saber que Mila ya no estaba a su lado sino que estaba en la cocina, frente a su máquina de espresso. Sonrió pensando en la imagen de esa mujer hermosa haciéndole un delicioso café. Entonces escuchó los pasos de ella caminando hacia la habitación, abrió los ojos y la vio entrar con una bandeja que contenía un desayuno que se veía realmente apetitoso.

- Buenos días dormilón. –le dijo ella.
- Buenos días. Qué delicioso se ve eso.
- Lo hice para ti. –le dijo ella colocando la bandeja frente a él y dándole un beso en los labios.
- ¿Y a qué se debe la ocasión?
- A nada concretamente. Simplemente me gusta hacerlo.
- Gracias. –le dijo él, dándole otro beso.

Después de desayunar y darse una ducha juntos, cada uno se fue a su lugar de trabajo. Él no podía apartar de su mente que aquella tarde debía estar firmando los documentos definitivos del divorcio, por lo que no podía dejar de mirar el reloj constantemente; era casi como un tic nervioso. Intentaba avanzar en su trabajo pero era casi imposible concentrarse. Así que solo hacía trabajos instrumentales que no requirieran de tanta atención.

Cuando ya Alexander pensaba que no podía resistir más tiempo de

espera, por fin vio que era la hora de irse al bufete del abogado de Juliana, donde se reunirían para la firma. Él sentía las manos frías pero al mismo tiempo sudaba. Tenía un pañuelo a la mano, con el que secaba el sudor de su frente. No quería que ella adivinara el nerviosismo que él sentía pues tal parecía que ella era capaz de deducirlo con facilidad y encontraría la manera de usarlo en su contra.

- Buenas tardes. –dijo Alexander al llegar a la oficina, ya en el lugar se encontraban el resto de las personas, solo faltaba él; creyó que aquello era signo de buen augurio.
- Buenas tardes. –respondió solamente Darío.
- Bien, vamos a dejar claro esto. A parte de todos los puntos ya discutidos y aprobados con anterioridad, en este documento está expreso que la casa de las afueras de la ciudad pasa a ser propiedad única y absoluta de la señora. –anunció el abogado.
- Está claro. –respondió Darío.
- Bien, entonces acá está el documento para la firma final. –Saúl le entregó a Darío una carpeta con un grupo considerable de páginas.

Darío revisó rápidamente el documento, sobre todo para que Juliana no se diera cuenta la premura que tenían en culminar con el proceso de divorcio. Pasó páginas y devolvió páginas por algunos minutos. Le dijo algo en el oído a su representado, le cedió los documentos y le extendió una pluma. Alexander los tomó y sin siquiera mirar a Juliana, colocó la pluma en el papel y firmó con seguridad, sin una pizca de duda en su mano. Sin embargo, él podía sentir el peso de la mirada de Juliana en sus hombros.

Una vez firmado el documento, Alexander se lo entregó a su abogado y éste a su vez se lo dio al abogado de Juliana quien revisó si estaban todas las

firmas correspondientes y se lo cedió a Juliana. Ella lo tomó, empuñó la pluma en su mano derecha, miró el lugar dónde debía firmar y luego subió la mirada para observar a Alexander, quien no la miraba por ningún motivo.

- No voy a firmar. –dijo, alejando el documento de ella.
- ¿Qué? –dijo repentinamente Alexander.
- Tú te traes algo entre manos, aquí pasa algo.
- Te estoy dando todo lo que quieres.
- Por eso. No puede ser tan fácil, algo estas tramando y lo voy a descubrir. –le dijo en tono de amenaza.
- Juliana firma de una vez ese puto documento. –le ordenó perdiendo los estribos.
- ¿O si no qué?
- Alex, cálmate. –trató de interceder Darío.
- ¡No puedo!, ¡ya basta! –expresó Alexander.
- Juliana, ¿qué es lo que quieres? Alexander te está cediendo prácticamente todo con tal de dejar atrás de una vez esta etapa. Lo mejor que puedes hacer es firmar ese documento.
- Respóndeme algo, ¿por qué tanto apuro ahora? Si mal no recuerdo te negaste muy firmemente a darme esa casa. ¿Ahora por qué me la das así con tanta generosidad? –le habló a Alexander.
- Porque estoy harto de ti, porque no quiero tener que ver nada contigo más nunca, porque quiero ser libre.
- ¿Libre para qué? –indagó ella.
- Para lo que me dé la gana.
- ¿Tienes a otra? –le lanzó ella.
- Ese no es tu problema.
- Entonces sí.
- ¡Ya basta! –le gritó él.

- ¡Adúltero! –le gritó ella.
- ¡Arpía!, ¡zorra! –le gritó él más fuerte, levantándose de la silla.
- Alex, vámonos. –Darío sostuvo a Alexander y lo sacó de la oficina casi a empujones.
- ¡Déjame! –le gritaba.
- Alexander necesito que te calmes, no vas a lograr nada así.
- Darío yo la quiero matar. ¿Cómo me hace esto? –le dijo con los ojos enrojecidos.
- Lo sé, Alex. Lo sé, pero esta no es la manera. Vamos a encontrar la forma de solucionarlo. Te lo prometo. Sabes que cuentas conmigo.

Darío logró calmar un poco a Alexander en el lobby del edificio dónde se encontraban. Le repetía una y otra vez que iban a lograr ese divorcio muy pronto, que aquello solo era pasajero, que él sabía que podía lograr ganar en caso de llegar a un juicio y que eso a estas alturas sería lo más recomendable.

- Darío, sabes que ella no me lo va a perdonar. Yo le mentí, quería arreglarlo pero no puedo. Si se entera la voy a decepcionar y no quiero, yo la amo. –le dijo, sin necesidad de decirle a quién se refería pues su amigo estaba completamente consciente de quien se trataba.
- Alex, de verdad creo que ella también te ama. Pienso que si le hablas con sinceridad en este momento puedes conseguir que ella te perdone. Seguramente se va a molestar pero si te ama como yo creo que te ama, va a entender que tú le mentiste porque no querías perder la oportunidad con ella. Dile. –le aconsejó Darío.

Alexander pasó la noche en vela. Planificaba cuál era la mejor manera

de contarle todo a Mila. Estaba muy nervioso, no quería ni siquiera considerar la idea de que ella decidiera acabar con la relación. Trataba de buscar la mejor estrategia para hablarle de la razón por la que mintió, pero él mismo no sabía por qué lo había hecho. Él solía ser sincero, pero había añorado tanto volver a verla, que pensó que si le decía que aun no se había divorciado, no tendría ningún tipo de oportunidad con ella; y ahora sabía que estaba en lo cierto.

El día anterior no pudo ver a Mila, no por ocupaciones ni nada por el estilo sino porque estaba demasiado afectado por la fallida reunión con Juliana. Le dijo que estaba muy cansado y que iría a casa a dormir temprano, ella no se molestó y entendió con sorprendente tranquilidad. Alexander le dijo que para compensar podrían ir a cenar en un lugar especial la siguiente noche y ella estuvo contenta de aceptar. Él pensó que sería el momento para decirle todo.

Luego del disgusto que había tenido, de pasar la noche en vela y del nerviosismo que lo carcomía desde adentro; él decidió que no iba a trabajar. No podía pensar en nada más que no fuera la situación que tenía, ni siquiera podía manejar los movimientos de su pierna derecha que se contorsionaba de arriba a abajo sin control. Entonces, definitivamente no estaba apto para manejar una empresa de cientos de empleados.

En su cabeza no cabía nada más que la idea de aclarar las cosas con Mila y lograr que ella no lo abandonara. Eso era lo único que ocupaba su mente. Quería creer que lo que le había dicho Darío era verdad, si ella lo amaba como decía que lo amaba lo perdonaría; se molestaría pero no iba a dar por terminada la relación por ese motivo. Revisaba las fotos en su móvil, tratando de deducir en los ojos de ella la manera cómo reaccionaría cuando él le dijera la verdad.

Alexander tomó su desayuno cuando su estómago ya le reclamaba y extrañó sus mañanas con Mila, más que nada el café que le preparaba: espresso antes de desayunar y cappuccino o macacino después del desayuno. El café que él mismo se hacía le parecía ahora casi intomable, pero tuvo que ingerirlo debido a que necesitaba cafeína en su cuerpo para no colapsar completamente.

- Buenos días cariño. ¿Cómo te sientes?, ¿lograste descansar? Te he extrañado mucho. Esta noche me desquito, voy a comerte a besos. –le escribió ella, y él sonrió temeroso de que eso no pudiese ser posible.
- Sí descansé mi hermosa. ¿Cómo estás tú? Yo también te he extrañado mucho, no puedo esperar para poder verte.
- Espero que el día se pase muy rápido.
- Yo también lo espero. –le dijo él.

Él tenía una gran disyuntiva. Por un lado, deseaba que el tiempo acelerara su paso y poder verla ya, decirle todo para comenzar a superar toda aquella situación que lo tenía tan abrumado. Y por el otro, temía tanto que llegara el momento de verla, pues no podía estar seguro de cómo iba a ser la reacción de ella. Se sentía dividido entre esos dos deseos, pero ninguno de los dos podría satisfacerlos.

Alexander se recostó un rato en su cama para intentar descansar un poco su mente. Contario a lo que pensaba, pudo dormirse inmediatamente. Sin embargo, su mente no descansó. Tuvo un sueño muy agradable. Mila había comprendido las razones que lo motivaron a ocultarle la información y lo apoyó en las medidas legales que tenía que tomar en contra de Juliana. También soñó que había conocido a Daniel y que ambos se habían agradado mucho. Era maravilloso ver hecho realidad lo que tanto había deseado.

Sin embargo, tuvo que despertar. Cuando abrió los ojos, vio al techo y se dio cuenta que todo había sido un sueño, volvió a cerrar los ojos para lamentarse. Se sentó en la cama y buscó su móvil para ver la hora. Eran las dos y treinta y cuatro de la tarde. No tenía hambre como para almorzar lo cual no le sorprendía, pero se sentía un poco más descansado por las horas de sueño que logró, lo cual lo había puesto de mejor humor. Se levantó de la cama y se dio una ducha para recomponerse un poco. Desde la ducha escuchó la notificación de su móvil que le anunciaba que había recibido un mensaje. No se apresuró a leerlo pues supuso que se trataba algo del trabajo.

- Alexander, necesito que vengas a mi departamento ya mismo. – el mensaje era de Mila.
- ¿Qué pasó? –le preguntó él.
- Cuando vengas te digo.
- ¿Estás bien?, ¿te sientes mal?, ¿tuviste algún dolor?
- Ven y más nada. –le respondió ella.
- Está bien. –le dijo él.

Alexander se vistió rápidamente. No entendía qué estaba pasando pero mil cosas pasaban por su mente. Algo muy grave tuvo que haber pasado pues estaba en su departamento y ella no abandonaría su trabajo por alguna nimiedad. Pensó que sería algo de salud, probablemente se había lastimado por no seguir las indicaciones del especialista. Estaba muy preocupado y no veía la hora de llegar.

- ¿Qué te pasó? –le dijo una vez que ella abrió la puerta de su departamento, él estaba pálido.
- Pasa.
- Mila, respóndeme. ¿Qué te pasó? –él insistió.
- Tuve una visita muy desagradable, esta mañana en mi cafetería.

- le dijo con dificultad, su rostro lucía enrojecido.
- ¿Una visita?, ¿de quién?
 - ¿No adivinas? –le preguntó ella con ironía en la voz.
 - ¿Cómo podría adivinar eso Mila?, ¿quién era? –le preguntó ya desesperado.
 - Quien me visitó hoy en mi cafetería fue Juliana, tu esposa. –le dijo mirándolo a los ojos y respirando pesadamente.

Alexander sintió como si un tren se lo hubiesen llevado por delante. Se sintió mareado y se sentó en el sofá con la cara entre las manos, tratando de aguantar el dolor expreso que sentía por todo su cuerpo. Estaba en presencia de lo que con facilidad podría definirse como su miedo más grande, su peor pesadilla. Justamente cuando se preparaba para ser completamente sincero con Mila, Juliana había dañado todo. No solamente lo hizo infeliz por años, sino que ahora le quitaba la oportunidad de ser feliz junto a alguien que sí lo amaba.

- En ese bolso están las cosas que tenías acá. Haz el favor de llevártelas y no regresar jamás. –le dijo secamente.
- Mila, por favor déjame explicarte. –le dijo él levantándose del sofá.
- No quiero saber nada. ¿Ok? ¡Nada!
- No es justo.
- ¿No es justo?, ¿cómo es que pretendes tú venir a hablarme de justicia si me estuviste mintiendo?, ¿y todo para qué?, ¿para acostarte conmigo?, ¿o simplemente por el placer de burlarte de mí? –la respiración de Mila era fuerte y en sus ojos se asomaban las lágrimas.
- Eso no es así. Yo te amo.
- No digas eso. No tienes derecho a hablar de amor. Me engañaste

con vileza y alevosía.

- No fue así. –le negó él e intentó acercarse a ella.
- Ni siquiera te atrevas a tocarme. No quiero saber más de ti.
- Mila ella y yo...
- No me importa. –lo interrumpió.
- Estamos separados desde hace tiempo.
- No me importa. –le repitió.
- No te creo.
- Pues créelo porque es así. Una vez que salgas por esa puerta, habrás dejado de existir para mí. Ni siquiera serás el chico al que me entregué por primera vez en mi vida. Borraré de mi mente que alguna vez te conocí.
- Entonces no me iré hasta que podamos resolver esto. –dijo él.
- Vete ya mismo.
- No.
- ¡Vete! –ella le gritó.
- No me voy a ir hasta que me escuches.
- No te quiero escuchar, no quiero saber nada. No mereces que te oiga.
- Yo te lo iba a decir hoy. –le dijo él.
- Por favor, ya deja las mentiras.
- No estamos juntos desde hace mucho tiempo. Ella está haciendo esto para hacerme sufrir, porque sabe que te amo.
- Ya basta. Vete, por favor. –le pidió.
- Me iré si me escuchas primero.
- ¿Qué quieres que te escuché?
- Hoy te lo iba a decir. Cuando nos encontramos de nuevo tuve miedo de que si sabias que aun estaba en el proceso de divorcio, no

tuviera oportunidad contigo. Durante todo este tiempo desee tanto volverte a ver, que no quería perder la oportunidad por un matrimonio que fue un gran error. Y luego tenía miedo de decirte la verdad porque ya te había mentido. Ayer intenté firmar el divorcio, le di todo lo que ella estaba exigiendo y no quiso firmar. –le contó él.

- Bien... ya te escuché. Los hechos son los siguientes: tú me mentiste y estás casado; las consecuencias son las siguientes: no quiero verte más.

- No puedo creer que de verdad eso es lo que tú quieres.

- Yo quería ser feliz y tener una relación sincera. Es bastante obvio que contigo eso no será posible. Así que por favor, vete de mi vida. –le dijo.

- Está bien. Sé que erré y que esto podía pasar, pero te juro que te amo como nunca amé a nadie y como sé que no volveré a amar. – Alexander tomó el bolso que estaba junto a la puerta y se fue del departamento de Mila.

No pasó como en las películas de amor. Ella no lo siguió, ni lo llamó tampoco. Él llegó a su coche y esperó por unos minutos que ella fuera a su encuentro, pero no fue así. Por lo que no le quedó más remedio que poner en marcha el coche e irse. Alexander sentía que estaba completamente destruido pero sabía que debía llegar a su casa para darse el permiso de desmoronarse por completo.

Justamente eso hizo cuando cerró a sus espaldas, la puerta de su casa. No tuvo fuerzas para dar ni un paso más. Se sentó en el piso de la entrada y no intento contener el llanto, se dejó desbordar por completo por el dolor; se entregó al sufrimiento. Sentía un fuego en su pecho y lo único en lo que podía pensar es en que necesitaba que todo aquello fuera mentira, que fuera

un sueño o una alucinación. Cada segundo que pasaba el dolor crecía más y más.

Repasaba mentalmente las palabras y la mirada de Mila, y le ardía mucho más el pecho. Nunca la había visto así, con tanta rabia en la voz y en los ojos. Parecía como que todo el amor que en un momento profesó por él, se hubiera escapado de su corazón sin dejar ningún rastro a la vista. Con el rostro hundido en sus manos, se preguntaba si ella también se sentía tan miserable como él.

Después de una hora de llanto, estuvo tentado en levantarse pero el cuerpo le pesaba demasiado; así que por el contrario la energía que tenía solo le alcanzó para acostarse en el piso. Respiraba profundo intentando conseguir una razón para levantarse. Entonces una apareció en su mente, abrió sus ojos y vio a su pequeño hijo; luego, la imagen de Juliana disfrutando de hacerlo infeliz llegó a su cerebro.

En ese momento supo perfectamente cuales sería las razones que le impulsarían a levantarse. Como pudo caminó hasta el baño, se dio una larga ducha tibia, se vistió de nuevo y salió rumbo a la oficina de Darío. No le anunció que iría, pero estaba seguro que cuando llegara su amigo le recibiría inmediatamente. Y tuvo razón.

- ¿Qué pasó Alex? –le dijo inmediatamente que vio la rabia y la tristeza mezclada en su rostro.
- Juliana habló con Mila. Creo que no tengo que decirte más nada para que te imagines qué fue lo que pasó. –le explicó Alexander.
- ¿Qué? No puede ser. Alex, lo lamento tanto. Supongo que Mila no quiere saber más de ti.
- Así es.
- ¿Qué piensas hacer? –le preguntó su amigo.

- Quiero que la demandemos por todo lo que podamos demandarla, por abandono del hogar, por adulterio, por daños y perjuicios. No quiero dejarle ni un solo centavo. Quiero la custodia completa de Daniel y la prohibición expresa de que ella pueda verlo. –le habló con seguridad.
- Alex, lo que pides es muchísimo.
- Lo sé. Y eso es lo que quiero.
- ¿Cómo podremos comprobar todo eso? –le preguntó Darío con tono de duda.
- Estoy seguro que ella ha estado revolcándose con Saúl desde hace mucho tiempo, pero a mí no me importaba. Daniel me ha dicho que está poco en casa, voy a averiguar por qué. Lo está descuidando. Contratemos a alguien para que la investigue. No sí. Algo se debe poder hacer.
- ¿Estás decidido?, ¿sabes lo que significa esto verdad? Será una disputa larga y despiadada. –le advirtió su amigo.
- Lo sé y eso es exactamente lo que quiero.
- Como amigo te digo que esto te va a hacer mucho daño Alex.
- No creo que pueda herirme más de lo que ha hecho hasta ahora. ¿Y cómo abogado qué me dices? –le preguntó.
- Que te apoyo.
- Un abogado es lo que necesito en este momento. –le dijo y se retiró sin siquiera despedirse.

Alexander manejó rumbo a la casa que había compartido con Juliana durante su matrimonio y que ahora ella daba como propia. Se estacionó diagonal a ella, esperando que algo pasara. Necesitaba volcar toda la rabia que sentía hacia algo productivo, y estaba seguro de que si se esforzaba un poco podría encontrar el punto débil de Juliana. Pocos minutos después, vio a

su hijo Daniel llegando a la casa, de la mano de su niñera. La mirada se le llenó de nuevo de lágrimas pero tuvo que contenerlas, encontraría la manera de estar junto a él muy pronto.

Casi una hora después el coche que él le había comprado a ella. Entonces, la vio bajar del lado del copilota mientras que la persona que estaba manejando el coche era Saúl, nada más y nada menos que su abogado. Alexander sintió una inmensa rabia que le recorrió el cuerpo entero. Estaba claro que los dos lo estaban tomando por un imbécil y tenía que demostrarle que él no lo era. Así que prendió el coche y lo movió para estacionarse frente a la vivienda, así podrían verlo llegar. Se bajó y antes de que tocara la puerta de la entrada, Juliana abrió la puerta.

- ¿Qué quieres? –le preguntó ella.
- Vengo a ver a mi hijo. –le dijo él.
- No puedes llegar así.
- Sí puedo. Él es mi hijo, esta es mi casa y tú todavía eres mi esposa, ¿no es así? ¿o acaso eres mi esposa sólo cuando te conviene? –le habló con odio en la voz.
- No sé de qué hablas.
- Sabes perfectamente de que hablo. Voy a llevarme a Daniel esta noche y lo traigo mañana.
- Estás equivocado. –ella lo miró de arriba a abajo.
- Te recuerdo que tenemos custodia compartida, si no quieres dejarme verlo entonces asumiré que es un secuestro y tendré que denunciarte. Y si no me crees pregúntale al gilipollas que tienes adentro de mi casa. –le dijo sin alzar la voz.
- Espéralo afuera.
- Si no sale en quince minutos llamo a la policía. –le dijo a la vez que caminaba hacia su coche.

Diez minutos después, Daniel salió de la casa y corrió rumbo al coche de su papá con un pequeño bolso a cuestas. El niño iba sonriente, visiblemente feliz de encontrarse con su padre. Alexander lo alzó, lo abrazó y lo llenó de besos. Lo colocó en la parte de atrás de su coche y se fue. Juntos fueron a un parque de diversiones, donde estuvieron en todas las atracciones que quiso Daniel, comieron palomitas, toda clase de dulces y helado. Él pequeño corría emocionado.

La risa de Daniel era el mejor bálsamo que tenía. Aunque aun el dolor en su pecho era intenso, estar con su hijo le causaba una dicha que compensaba cualquier mal que pudiera tener. Cuando el pequeño estuvo agotado, se fueron a la casa de Alexander; allí, con mucha emoción le mostró la habitación que le había prometido. En el rostro de Daniel se le notó que le había encantado todo lo que allí estaba: la cama, los juguetes y los libros. No sabía qué hacer primero.

Por largo rato, estuvieron jugando con unos pequeños coches en el piso de la habitación. A Daniel se le notaba que estaba agotado y que tenía mucho sueño, pero no le decía nada a su papá y continuaba jugando. Alexander se dio cuenta y le propuso contarle una historia, así que Daniel accedió. Alexander lo vistió con la pijama que escogió y lo acostó en la cama, se sentó a su lado y comenzó a leer.

No pasaron ni siquiera cinco minutos cuando Daniel ya estaba completamente inconsciente, el sueño y el cansancio le había ganado la batalla con gran facilidad. Alexander se levantó con precaución de la cama, colocó el libro en una pequeña mesa al lado de la cama, lo arropó y salió de la habitación sin hacer un solo ruido que perturbara el descanso de su hijo.

Él se sentó en el sofá y reclinó su cabeza hacia atrás para tumbarse allí. Pensó en las tantas cosas que habían pasado con el tan solo transcurrir de

unas cuantas horas. Tenía el deseo de llamar a Mila pero estaba convencido de que ella no le atendería así que lo mejor era no insistir por ahora; lo mejor que podía hacer era volcar su atención a la guerra que tenía pensado emprender en contra de Juliana.

Alexander cerró los ojos para descansar un poco pero el cansancio también lo venció a él y se quedó dormido por varias horas. Cuando se despertó, sintió un leve dolor en el cuello debido a la posición que había tenido por ese tiempo. Se levantó del sofá, se asomó a la habitación de Daniel, vio que estaba profundamente dormido y se fue a su habitación. Se quitó los zapatos, la camisa y el pantalón; se acostó en la cama y se volvió a dormir.

Muy temprano se despertó Alexander pues estaba pendiente de su pequeño, Daniel aun dormía según pudo notar; así que se metió a la cocina a preparar el desayuno. Intentó poner en práctica algunas cosas de la cocina que había aprendido con Mila, para así agradar a su hijo. Hizo un poco de café para él y constató lo que se estaba imaginando, ese estaba tan terrible como el del día anterior.

- Hola papi. –le dijo el pequeño al salir de la habitación.
- Buenos días Dani. ¿Cómo dormiste? –le preguntó él, subiéndolo a la silla frente a la mesa.
- ¿Tienes hambre? –le preguntó.
- Sí.
- ¿Quieres que te de la comida o te la comes tú solo?
- Yo solo.
- Pero no la vayas a regar. –le advirtió colocando un plato frente a él.

Alexander se sentó al lado de Daniel a desayunar también, pero sobre

todo a observarlo. Aun era muy pequeño y no dominaba apropiadamente los instrumentos para comer pero hacía su mayor esfuerzo, y aunque estaba haciendo un poco de desorden en la mesa a su padre no le importaba. Le parecía que aquello era una ocasión especial y que el esfuerzo que su pequeño hijo invertía demostraba que era una persona decidida, quizás mucho más decidida que él y eso era exactamente lo que él quería para su hijo.

- ¿Listo? –le preguntó Alexander.
- Sí.
- Ahora vamos a lavarte. Podemos aprovechar para asearte completo.

Metió al pequeño en la ducha. Alexander no era muy diestro con los asuntos paternales, ya que siempre se había encargado una niñera, ni siquiera su madre. Pero él estaba dispuesto a aprender, no quería perderse de su hijo en ningún sentido. Una vez que el pequeño estuvo aseado y vestido, Alexander se dio cuenta que tenía un desastre en el baño y la habitación; y que además, él no se había duchado.

Como tuvo cierto temor de dejar a su hijo sin supervisión, por primera vez en muchos años Alexander se dispuso a salir sin asearse. Le pareció que no era pertinente dejar a Daniel solo mientras él se bañaba. Luego encontraría la manera de hacer mejor las cosas, por ahora aquello no tenía tanta importancia, podía ducharse después. Cuando Daniel supo que iban camino a su casa, su mirada se tornó triste.

- Hijo, te prometo que pasaremos más tiempo juntos de ahora en adelante. Confía en mí. –le dijo Alexander al dejarlo con su madre, le dio un abrazo y un beso para despedirse.

- Alex, necesito que vengas de manera inmediata a mi oficina. –le escribió Darío.
- ¿Qué pasó? –le preguntó él, sorprendido ya que Darío no solía hacer esa clase de peticiones.
- Es el informe del detective, encontró algo que nos puede ser muy útil.
- Voy enseguida.

Desde hacía ya una semana, Alexander y Darío habían contratado los servicios de un detective para investigar las actividades de Juliana. Ellos le indicaron que les interesaba saber absolutamente todo lo que ella había estado haciendo. Hasta ese momento no había recibido ninguna noticia de él. Alexander imaginaba que había podido constatar que ella había estado frecuentando a Saúl o a otros hombres durante su matrimonio; eso le sería muy útil para una demanda por adulterio, lo que sería bastante bueno para pelear la custodia de su hijo también.

Cuando Alexander llegó a la oficina, la secretaria de su amigo lo hizo pasar inmediatamente; manifestándole que había estado esperándolo por un rato. Al entrar, vio a su amigo conversando muy seriamente con el detective. Ambos se levantaron de sus asientos para saludarlo. En las caras de ellos, él podía ver que lo que estaban a punto de decirle le cambiaría la vida. Se sentía nervioso pero más que nada ansioso por conocer lo que ellos sabían.

- ¿Qué pasó?, ¿Qué pudo descubrir? –preguntó sin rodeos.
- Alex, lo que estás a punto de escuchar es muy delicado. Necesito que te prepares. –le advirtió Darío.
- Por favor, quiero saber ya mismo.
- Señor Avellaneda, estuve investigando a su ex esposa con profundidad y lo que pude descubrir es bastante perturbador. La

señora ha estado estafando entidades bancarias a nombre de la empresa de usted. –le dijo directamente.

- ¿Disculpe?

- Sí, sé que es un poco difícil de asimilar. Primero que nada tiene que saber que la familia de ella ha estado teniendo problemas económicos, entonces ella estuvo haciendo solicitudes de créditos en entidades bancarias como si ella fuera representante de su empresa. Los bancos, confiando en que le prestan el dinero a un negocio estable, ha concedido los créditos pero esos fondos han ido a parar a los bolsillos de ella y de su padre. Aún los bancos no se han dado cuenta pero en el momento que lo hagan usted saldrá muy perjudicado.

- No lo puedo creer. –dijo en voz baja Alexander pasando su mano por su rostro.

- Es mucho peor de lo que esperábamos Alex pero hay que ver el lado positivo de todo esto. Como ya sabemos lo que ella ha estado haciendo podemos proceder antes que los bancos. Vamos a notificarle esto a los bancos y vamos a denunciarla, esto amerita cárcel.

- ¿Tiene todas las pruebas? –le preguntó al detective.

- Así es. Aquí están. –le entregó un sobre que contenía gran cantidad de documentos.

- Le agradezco muchísimo. No se imagina lo que ha hecho por mí. Me ha salvado. Esta misma tarde voy a transferirle a su cuenta lo correspondiente al doble de sus honorarios. ¿Puedo hablar a solas con mi abogado?

- Claro que sí. Con permiso. –el detective se retiró.

- Darío, vamos a utilizar esto para que ella firme el divorcio.

- ¿Qué? Alex, esto es mucho más delicado que eso.
- Lo sé, pero lo vamos a utilizar. Redacta el documento. No le cederemos nada, yo tendré la custodia absoluta de mi hijo y le diremos que si no firma voy a denunciarla. Te aseguro que firmará. –le dijo Alexander.
- Está bien.
- Dile al gilipollas de Saúl que nos vemos mañana a primera hora aquí.
- Está decidido. –Darío le extendió la mano.

Alexander se fue a su casa y revisó cada uno de los documentos que el detective le había facilitado. Por extraño que parezca, ahora todo le resultaba muy claro con respecto a Juliana. Él no había sido sino un seguro para ella, una oportunidad para obtener dinero de alguna forma. Nunca lo había querido y por eso lo había hecho tan miserable durante los años de relación. No le cabía la menor duda de que ella era vil y no quería que su hijo creciera al lado de alguien como ella.

Sorprendentemente, aquella noche Alexander si pudo dormir con tranquilidad, pues sentía cierta paz al tener la total certeza de que no era él quien había fallado en el matrimonio; que en realidad era ella quien nunca había intentado que su relación funcionara. Lo de ellos estaba destinado a fracasar desde el mismo día en el que lamentablemente se conocieron.

Él llegó un poco después de la hora programada a la oficina de Darío. Sin embargo, no era que se le había hecho tarde, sino que quería que ella esperara por él; que se sintiera ansiosa pensando con qué se encontraría, que tuviera la duda de que si él había encontrado algo de lo que ella había estado haciendo. Se sentó frente a ella, mirándola fijamente a los ojos; ella, altanera como siempre, no le desvió la mirada.

- Hemos redactado un nuevo documento, en el que se estipula que todos los bienes quedan a mi nombre y que tú no recibirás nada en lo absoluto. Además, también se deja claro que yo tendré la custodia absoluta de Daniel. Te recomiendo que firmes. –le dijo Alexander y colocó el documento en la mesa frente a ella.
- ¿Te has vuelto loco acaso? Yo no voy a firmar eso.
- Si te niegas a firmar te voy a denunciar. –le dijo él con tranquilidad.
- ¿Por qué?
- Creo que sabes exactamente por qué. Sin embargo, acá tienes unos recordatorios.

Alexander le había sacado copia a cada una de las páginas que componía el archivo que tenían. Había pasado horas observándolo los documentos; al punto de que sentía que se los sabía de memoria. El trabajo que había realizado el detective había sido arduo y el agradecimiento que él sentía, no tenía comparación con nada. Pensaba que gracias a esto, él podría recuperar su vida, o por lo menos su libertad.

Saúl tomó el sobre que había colocado Alexander sobre la mesa, lo revisó rápidamente y enseguida su color de piel cambió. Estaba claro que él estaba en conocimiento de todo lo que allí se manifestaba. Miró a Juliana con miedo visible en los ojos y colocó de nuevo el sobre en la mesa. Ella tomó el sobre y después de un pequeño vistazo pudo constatar de qué se trataba, era exactamente lo que ella había estado sospechando. El odio que se le vio en la mirada no tenía precedentes; sin embargo, Alexander tuvo satisfacción al darse cuenta que la tenía completamente en sus manos por primera vez desde que la conocía, y le gustaba demasiado esa sensación; era su mejor revancha por todo lo que ella le había hecho.

- Si firmo, ¿no me vas a denunciar? –le preguntó ella, mirándolo fijamente.
- No. –le respondió él con seguridad.
- ¿Y qué pasará con los créditos de los bancos?
- Yo me las arreglaré con ellos. Sólo tienes que firmar. –le dijo él sin bajarle la mirada.

Juliana no dijo nada más. Bajó la mirada, tomó con rabia el documento y sin leerlo siquiera firmó en cada uno de los espacios donde estaba su nombre impreso. Lanzó los documentos en la mesa, frente a Alexander y salió de la oficina, seguida por su lacayo. Alexander, con serenidad, tomó los documentos, observó las firmas, firmó con la misma serenidad y se los entregó a su amigo.

- Una vez que esto esté listo y yo tenga a Daniel en mi casa, denúnciala. –le dijo Alexander y salió también de la oficina.

Ese mismo día en la tarde, Alexander pasó buscando a Daniel para llevárselo definitivamente con él, ahora serían ellos dos. La felicidad que sentía al tener a su hijo en casa, no tenía comparación con nada; ni siquiera con la certeza de que Juliana no volvería a molestarlo nunca más. La única sombra que tenía su felicidad tenía el nombre de Milagros Zabat, pues él seguía sin saber nada de ella.

Cuando por primera vez tuvo el acta de divorcio en sus manos, en lo único en que pensaba era que quería correr a decírselo a Mila. Quería pedirle perdón de rodillas si era necesario, necesitaba que le diera una última oportunidad; pero no estaba seguro de que fuera a valer la pena. Por ahora su prioridad era su hijo y resolver los asuntos que Juliana había dejado pendientes con sus acciones.

Alexander se reunió con variedad de bancos que había caído en la

estafa de su ex esposa. Trataron de llegar a acuerdos que no perjudicara a ninguno de los dos negocios. Sin embargo, Juliana y su padre no tuvieron la misma suerte. Después de la denuncia que le hizo la empresa de Alexander, muchos bandos se adhirieron a la causa, alegando que ella los había estafado. En muy poco tiempo, Juliana y su padre fueron declarados culpables, por lo que los sentenciaron a varios años de cárcel.

Secretamente, Alexander sintió un poco de pena por Juliana y por su suegro. A pesar de todas las cosas que ellos le habían hecho, lamentaba que todo hubiese terminado así; más que nada porque un día tendría que explicarle a su hijo cómo habían sucedido las cosas con su madre, lo cual le resultaría muy difícil porque sería normal que él se sintiera afectado, ya que a pesar de todo ella era su madre.

- ¿Has tratado de comunicarte con Mila? –le preguntó Darío una tarde reunidos en casa de Alexander, mientras observaban a Daniel jugar frente a ellos.
- No. La última vez que hablamos fue demasiado categórica. No estoy seguro de poder soportar que me trate de nuevo así. –le dijo, sin mirarlo directamente para que no viera el automático enrojecimiento de su mirada al pensar en ella.
- ¿Qué sientes por ella? –le preguntó su amigo.
- La amo, como siempre y como nunca. –le confesó él, sin reparos.
- ¿Y no crees que valga la pena el intento? –le preguntó Darío.
- Vale la pena si me acepta de nuevo.
- Aunque si no te aceptas igual no habrás perdido nada, simplemente estarás en la misma situación que ahora. En este punto, lo único que podría pasar es que ganes algo o no pierdas nada más. Yo que tú lo intentarías.

- Tienes razón. Casi siempre la tienes. –Alexander sonrió.
- Díselo a Daya, por favor. –ambos se rieron en complicidad.

Ahora, por primera vez, Alexander estaba siendo realmente padre. Ya que tenía toda la responsabilidad sobre su hijo, sentía la presión y el compromiso que significaba ser papá. Antes sólo estaba con Daniel en los momentos de juegos, para lo demás estaba Juliana o Lorena. Tenía cierta ayuda, aun tenía a la misma niñera pero intentaba hacer la mayor cantidad de cosas por él mismo.

- Papá, ¿cuándo veré a mamá? –le preguntó Daniel.
- ¿Quieres verla? –le preguntó él.
- Sí. Pero, ¿crees que ella quiera verme?
- Yo sé que sí. Hablaré con Lorena para que ella te lleve a visitarla pronto. –le dijo con el corazón encogido, sin saber si su hijo podía comprender la magnitud de las cosas que habían pasado entre ellos como pareja.
- Está bien. –él continuó con lo que estaba haciendo.

A través de un acuerdo, había resuelto que Daniel podría visitar a su madre bajo supervisión. A pesar de todo, él mismo pensaba que era necesario que el niño tuviera contacto con su madre. Ella al principio estuvo renuente, pero finalmente aceptó los términos. Desde la cárcel, desarrolló un cariño distinto por su hijo, mucho más profundo y sincero; se sentía mucho más maternal que antes, seguramente eso tendría que ver con la dificultad que tenía que enfrentar para ver a Daniel.

A Alexander, ese nuevo rol de padre que estaba desempeñando, lo tenía bastante ocupado. Pero no se quejaba de ello en lo absoluto, ya que sentía que de esa manera podía sobrellevar mejor la separación forzada con Mila. Como estaba muy ocupado entre el trabajo y los cuidados que requería

su hijo, le quedaba muy poco tiempo para lamentarse por lo sucedido con ella; era la mejor estrategia que había encontrado para embotar su corazón y adormecer el dolor. Sin embargo, había instantes en los que sentía cómo su cuerpo le reclamaba la presencia de esa mujer y él no podía sino tratar de explicarle que ella se había ido.

Hasta ahora, había logrado muy bien la proeza de no buscarla. Pensaba que lo mejor que podía hacer era respetar lo que ella le había pedido en el último momento. Ya que no había cumplido con lo que ella le pidió al comenzar su relación, la sinceridad ante todo. Aunque por momentos pensaba que quizás esa obediencia que estaba cumpliendo podría jugar en su contra, pues ella podría pensar que él se rindió con mucha facilidad, así que no valía la pena sufrir por él. Aquello le carcomía el pensamiento. Tal vez, lo que estaba haciendo era en realidad el camino a perderla definitivamente.

Un día tomó la decisión de ir a la cafetería de su propiedad. No pediría hablar con ella ni la buscaría, simplemente iría y con suerte la vería, se conformaría con eso. De alguna manera, podría satisfacer el imperioso deseo que tenía de sentirla cerca. La primera vez estuvo muy nervioso, dudó mucho de hacerlo; sin embargo, recordó las palabras de su mejor amigo y encontró la valentía para entrar al lugar, sin temblar y sin arrepentirse. La mesera que lo recibió se sorprendió mucho al verlo pues sabía exactamente quién era y aunque no sabía qué había pasado, estaba segura de que él y su jefa había terminado muy mal su relación; pero él intentó actuar con naturalidad, tal y como lo haría cualquier cliente que entrara por esa puerta.

- Me gustaría un cappuccino con un espresso corto, por favor. –le dijo sin ver la carta y sonriéndole.
- Enseguida. –le dijo ella un poco perturbada.
- Gracias.

Alexander estaba más nervioso que nunca en su vida pero intentaba que nadie pudiera notarlo. Tomó su móvil e hizo lo que hace todo el mundo mientras espera en algún lugar, revisaba sus redes sociales o por lo menos eso parecía desde lejos; la verdad era que no prestaba atención a lo que veía en la pantalla y simplemente intentaba disimular su estado.

- Aquí tiene. –le dijo la mesera, colocando el pedido frente a él.
- Gracias. –le dijo a la vez que ella se retiraba.

En ese punto, paseó la mirada por toda la cafetería, intentando encontrar a Mila; sin embargo, su campaña no fue exitosa, no pudo verla. Eso lo había decepcionado un poco pero a la vez se sentía menos intranquilo con la decisión de volver en los días que le seguía. Alexander comenzó a hacer costumbre pasar por aquella cafetería cada mañana antes de ir a su trabajo. Sin embargo, nunca lograba ver a Mila.

Después de tres semanas de ir todos los días, sin falta, a la cafetería sin encontrarse con Mila, Alexander se convenció de que si no la veía era porque ella se ocultaba de él. Eso tenía sentido por completo, pues él sabía que ella sin falta estaba allí. Estaba claro que no quería verlo pero que a la vez le importaba, pues de otra manera no se tomaría la molestia de esconderse de él.

- ¿Qué es lo que quieres? –se acercó por fin Mila, no lo saludó siquiera.
- Pedí a un late macchiato. –le respondió él intentando mantener la calma.
- Sabes perfectamente a qué me refiero Alexander. ¿Por qué vienes aquí todos los días?
- Te seré sincero. Extraño mucho tu café, no tanto como a ti por supuesto; pero sólo una de esas dos situaciones la puedo resolver, ¿cierto? Entonces eso es lo que estoy haciendo. –le respondió él.

A pesar de que su encuentro con Mila no podía definirse como exitoso, estuvo todo el día emocionado por haberla visto de nuevo; pasó el día entero recordándola. Estaba hermosa, se había hecho algo nuevo en el cabello y le quedaba muy bien. Estaba decidido a regresar cada día para poder verla aunque fuera de vez en cuando y quizás sólo de lejos, sin duda que valía la pena.

- Alexander, preferiría que no vinieras. –le dijo un día Mila.
- Toma. –él colocó en la mesa un papel.
- ¿Qué es? –le preguntó ella.
- Es mi acta de divorcio.
- Ya eso no me interesa. Creo que lo dejamos claro.
- Como prefieras. –le dijo él.
- ¿Puedes dejar de venir?
- Lo lamento. No voy a hacer eso.
- ¿Por qué no?
- Me gusta el café que hacen aquí, me gusta saber que puedo verte y no pierdo la esperanza de que un día decidas darme otra oportunidad.

Después de un tiempo, Mila se acostumbró a verlo entrar cada día más o menos a la misma hora. Ya no se escondía, así que siempre que él llegaba cruzaban sus miradas. El ritual se volvió algo habitual, al punto de que un día él no llegó y ella se sintió abrumada durante todo el día por no haberlo visto. Pensó que él ya se había cansado de ir y que ella lo despreciara. Se sorprendió a ella misma sintiéndose aliviada por verlo entrar a la cafetería al siguiente día.

- ¿Qué pidió? –le preguntó un día a la mesera que había atendido a Alexander.

- Un espresso doble. –le contestó.
- Perfecto. Yo me encargo de esto. –le dijo ella.

Fue a la máquina de espresso, preparó el café con el mayor detalle posible. Una vez que estuvo listo, le colocó dos cucharadas de sal, la disolvió con cuidado en la bebida y personalmente fue a entregarle la taza. La colocó frente a él y se quedó parada allí sin decir palabra alguna. Él la miró con sorpresa pero tampoco dijo nada. Ella miró la taza y luego lo vio a los ojos. Alexander probó un sorbo del espresso y sintió el desagradable sabor en su boca, contuvo las ganas de escupir y tragó.

Alexander recordó la historia que ella le había contado acerca de las parejas en Turquía, así que con gran esfuerzo fue tomando sorbo tras sorbo. Ella lo observaba desde la vitrina. A Alexander le costó mucho tiempo terminarse la taza entera de café, pero lo hizo hasta el final. Apartó la taza de café vacía y esperó a que Mila fuera de nuevo. Ella se acercó y observó que él no había dejado absolutamente nada en la taza.

- ¿Estás seguro? –le preguntó.
- Sí.
- ¿Estás dispuesto a hacer lo que sea necesario?
- Estoy dispuesto.
- ¿Serás sincero? –le preguntó ella con lágrimas asomándose desde sus ojos.
- Seré completamente sincero. –le respondió él levantándose del asiento.

Mila avanzó hacia él rápidamente y lo abrazó, apenas sus cuerpos se unieron ella comenzó a llorar en sus brazos todo lo que había estado conteniendo por mucho tiempo. Él la sostuvo con fuerza, entendiendo que ella también había estado sufriendo tanto como él por su separación. Le dijo

al oído lo mucho que la extrañaba, le pidió perdón y le juró que nunca más le mentiría si ella le daba la oportunidad de estar juntos de nuevo.

- Te amo. Te he amado todo este tiempo. Te lo juro. –le dijo él.
- Yo también te amo, no vuelvas a hacerme esto.
- Jamás, jamás volveré a mentirte. –le dijo él de manera muy sentida.

Alexander y Mila se besaron, sin importar la cantidad de personas que estaban en el lugar. Según la percepción que tenían, en ese momento sólo existían ellos dos, junto con todas las promesas que tenían pendientes por hacerse. Desde aquel momento, ellos estuvieron juntos y se comprometieron en hacer todo lo posible para que la relación perdurara en el tiempo.